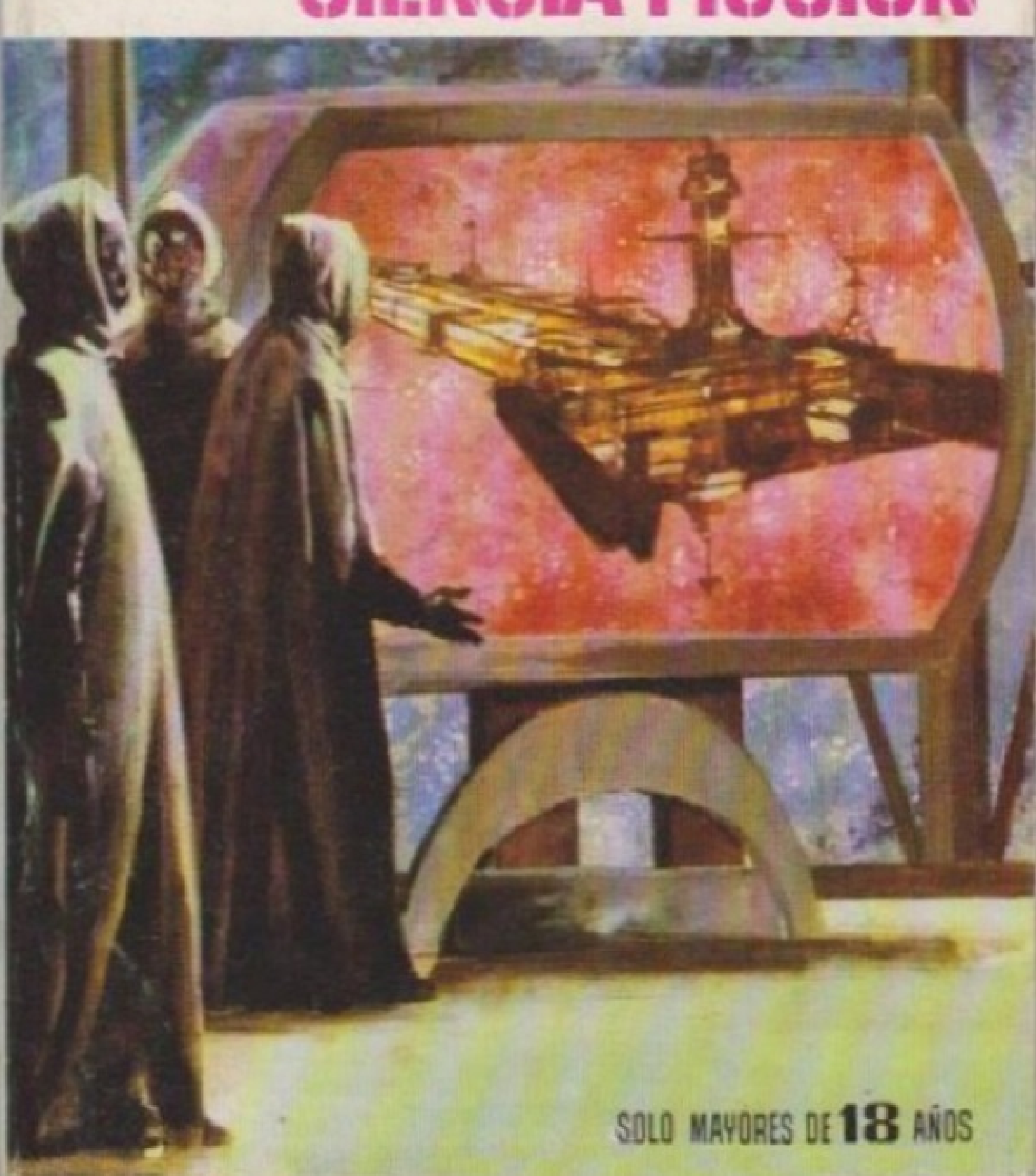
La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

LA PLATAFORMA DE LOS DIOSES

A. Thorkent

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

592— El planeta de los centauros - *Joseph Berna*.
593— Mundo de acero - *A. Thorkent.*
594— Desterrados de la galaxia - *Clark Carrados.*
595— Regreso a Nova - *Donald Curtis.*
596— Arde, Tierra, arde - *Clark Carrados.*

A. THORKENT

LA PLATAFORMA DE LOS DIOSES

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 597
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 33.937 – 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1982

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

Estuvo arrastrándose largo rato, hasta que Luessa, la luna roja, se ocultó detrás de la ovalada plataforma de la Vida. Entonces se incorporó y echó a correr.

Sabía que tenía casi media hora para ganar tiempo, hasta que de nuevo Luessa hiciera su aparición.

Dagh Darmon cayó varias veces. La oscuridad sólo atenuada por la luz de las estrellas era su aliada y también su enemiga. Podía caer en una zanja, romperse una pierna y aquello seria su fin.

Pero Dagh sabía que iba retrasado y corriendo podía recuperar el tiempo perdido.

Cuando minutos más tarde el rojizo resplandor de la luna comenzó a emerger al otro lado de la plataforma atenuó su carrera. Se detuvo e inclinóse. Miró hacia poniente. Allí vio unas luces parpadear en el horizonte, amarillas.

Era como le había dicho el viejo Hegarle, a quien todos en la aldea consideraban loco, se reían de él y sólo en los largos inviernos admitían su compañía porque en realidad a nadie disgustaba escuchar sus relatos. Claro que algunos miembros más conservadores de la comunidad temían que sus palabras estuvieran llenas de sacrilegios.

Pero los años de Hegarle eran muchos y si sus relatos podían molestar a los Señores de la Vida ya había pasado demasiado tiempo y éstos debían conocerlos. Nunca molestaron a Hegarle aunque en más de una ocasión insinuaron que los jóvenes no debían prestarle demasiada atención y considerar sus historias únicamente como producto de la fantasía.

Hegarle le había dicho que caminando hacia poniente, a través de la Franja, vería luces amarillas casi en el Borde. Allí habría un grupo de Señores, esperando una luz del cielo, que descendería de la Plataforma.

Dagh avanzó ahora con más precaución que nunca, reptando sigilosamente, arañándose con los rastrojos, notando bajo sus manos el árido suelo del páramo infértil, característico de la Franja.

Siempre en dirección a las luces, Dagh caminó hacia ella, con los ojos puestos en las sombras que se movían alrededor de una extensa llanura. Vio sombras alargadas, que cuando estuvo más cerca

identificó como los portentosos vehículos que los Señores usaban.

Se hallaba a un centenar de metros de la luz más cercana cuando se detuvo. La prudencia le aconsejó que no debía ir más allá. Aquél era un buen sitio para poderlo observar todo.

Intentó relajarse, recuperar la respiración alterada desde hacía rato. Cogió la cantimplora y bebió un largo trago de agua fresca, le quedaba algo más de la mitad, suficiente para el regreso. Por aquellos lugares no corría ningún riachuelo con que rellenarla. De todas formas debía ser mesurado. Dentro de unas horas debía emprender el regreso, cruzar un vasto territorio desértico, hasta penetrar en la seguridad del Perímetro.

Dagh calculó que sólo faltaban cuatro horas para que Armodon emitiese sus primeros rayos por poniente. Se preguntó si no estaba perdiendo el tiempo, si no había arriesgado demasiado yendo hasta allí, guiado por las palabras de un anciano que muchos consideraban loco, que escuchaban sus historias para distraerse en las largas v aburridas veladas invernales, pero que él creía.

Hegarle contó una noche que por poniente, durante el quinto día que consecutivamente Luessa se escondiese detrás de la Plataforma, del cielo caía un objeto brillante que se posaba en los lindes de la Franja. Allí se reunían casi iodos los Señores de la Vida para esperar el objeto, el cual, después de dos horas, volvía a elevarse en dirección a la Plataforma. Y eso sucedía doce veces al año desde el comienzo de los tiempos.

Por un momento Dagh se dijo que era un loco, mucho más de lo que estimaban todos a Hegarle. Si los Señores le descubrían allí, en zona prohibida, le ejecutarían a la vista de todo el pueblo, en la plaza mayor.

No había dicho a nadie que estaba dispuesto a ir allí, ni siquiera a Lena Astae, quien pronto sería su compañera oficial. De hecho ya era suya, pero tenían ambos aún que cumplimentar con el requisito de solicitar a los Señores el permiso de apareamiento.

Dagh emitió una sonrisa y por un instante sus dientes reflejaron la sangrienta luz de Luessa. El y Lena habían dormido muchas noches juntos. Los dos salían furtivamente de sus tiendas durante las recolecciones y los recién hollados campos eran testigo de su amor e improvisados lechos de las nunca satisfechas pasiones.

Cuando regresase al poblado tendría que dirigirse al Consejo de

Ancianos para formalizar la petición de apareamiento con Lena. Normalmente el consentimiento nunca era negado, pero los Señores debían conocer las intenciones de cualquier pareja a formar familia.

Aquella costumbre nunca fue comprendida por Dagh. ¿qué podía importarles a los Señores lo que hicieran los ciudadanos? Claro que algunas veces los Señores elegían doncellas, que se llevaban a sus viviendas ambulantes, en las que recorrían constantemente el Perímetro, supervisándolo todo y asegurando que las plantas y el desarrollo de la comunidad fuese la correcta, según los dictados de sus ancestros.

Ante aquel pensamiento, Dagh frunció el ceño. ¿Y si los señores se negasen a que él y Lena contrajesen matrimonio? Movió la cabeza, queriendo rechazar con firmeza tal pensamiento. Tenía veinte años y sólo una vez ocurrió que los Señores impidiesen una unión, llevándose a la chica con ellos y dejando en la desesperación al muchacho que la pretendía.

Generalmente escogían a sus mujeres muy jóvenes y casi siempre libres de compromisos. Los viejos decían que los Señores eran justos y no querían causar problemas.

Pero Dagh recordó aquel caso. Era él aún un muchacho, apenas contaría catorce años, cuando presenció el hecho. Los Señores negaron su permiso y se llevaron a la chica, una atractiva rubia de dieciocho años. Como siempre ocurría, la chica nunca se volvió a ver. Nadie veía a las mujeres que los Señores elegían. Se decía que vivían en sus viviendas monta das sobre los vehículos que no precisaban animales para moverse, dedicadas a cuidar a los bebés, futuros Señores. Las mujeres de los Señores nunca parían niñas. Por eso tenían que elegir muchachas periódicamente entre el pueblo

Lo que sucedió en el llano sustrajo a Dagh de las meditaciones. Entre los Señores que se movían alrededor de las luces hubo una clara excitación Dos vehículos grandes se pusieron en marcha y avanzaron en dirección al Borde.

Seguro ahora de que no podía ser descubierto, se acercó un poco más. Quedóse resguardado detrás de una roca y un elevado cactus de agudas espinas. Su mano rozó la empuña dura de su puñal, acariciándola. El contacto del arma le hizo sentirse más tranquilo. Nadie como el sabia manejar el acero en toda la comunidad.

Observaba las figuras vestidas con cortas túnicas rojas cuando

una luz muy brillante en el cielo le hizo elevar la mirada Un objeto alargado de color amarillo descendía lentamente.

Arrobado, Dagh quedóse mirándolo, hasta que de forma majestuosa se poso en el polvoriento calvero, entre las luces indicadoras. Entonces varios Señores corrieron hacia el objeto, mientras un gran vehículo se ponía en marcha.

El vehículo corrió por la explanada y se detuvo a pocos metros del objeto, casi ocultándolo de la mirada curiosa de Dagh. Entonces el muchacho salió de su escondite y se deslizó por la derecha para encontrar una mejor situación para seguir observando.

El objeto caído del ciclo dejó de brillar. De su cola surgió una columna de vapor azulado y una sección se abrió, cayendo una rampa al suelo.

Los Señores sacaron unos bultos de brillante metal del vehículo y los fueron introduciendo en el objeto celeste. Trabajaban en silencio, con meticulosidad, como si aquella labor estuviera muy ensayada. Ninguno de ellos hablaba. Dagh descubrió cerca del vehículo grande dos Señores con los distintivos de Jefe, sus escarapelas amarillas sobre el pecho.

Cuando todos los bultos hubieron sido colocados dentro del objeto, la puerta se cerró y los Señores se retiraron a bastante distancia. Allí permanecieron quietos durante unos minutos.

Inesperadamente para Dagh, el objeto emitió un zumbido, lanzó fuego por un lateral y empezó a elevarse al cielo. Al principio lo hizo pesadamente, pero luego adquirió mayor velocidad y desapareció entre las nubes bajas, en dirección a la Plataforma.

Dagh resopló. Había estado conteniendo la respiración sin darse cuenta, absorto por lo que veía.

Los Señores empezaron a volver al campamento y las luces de situación comenzaron a apagarse. El vehículo rugió y emprendió la marcha, pero en dirección al interior del Perímetro.

Por poniente empezaron a surgir los primeros y débiles rayos solares de Armodon. Empezó a levantarse un poco de aire y Dagh considero que era el momento de emprender el regreso al poblado.

Dos vehículos de los Señores rodaron a pocos metros de él y se agachó. Cuando se perdieron de vista empezó a caminar, con la espalda encorvada.

Por el sur llegó el sordo rugido de una lejana tormenta. Dagh

sonrió. La acción de la Plataforma seria beneficiosa aquel año Pronto comenzarían las lluvias, tan necesarias ya para obtener una estimable cosecha.

Se había confiado demasiado y no se percató de que un vehículo pequeño de los Señores, de los que parecían medio huevo, estaba muy próximo a él.

Seguramente sus ocupante, no le habían visto, pero Dagh se asustó y empezó a correr Su gesto fue ostensible y debieron verle, porque el vehículo varió su marcha y enfiló su achatada parle delantera hacia él.

Dagh notó un estrangulamiento en la garganta al saberse descubierto. Reprimió el frío de las piernas, quizá producido por el miedo, y apretó el paso, saltando por entre las rocas.

El vehículo le seguía a unos cuarenta metros de distancia. Su sistema de notación y avance no era el más adecuado para salvar un terreno tan abrupto como aquél, pero de todas formas podía ir más aprisa que un hombre y pronto empezó a acortar distancia con Dagh.

El muchacho se volvía de vez en cuando, observando, horrorizado, como el vehículo se le aproximaba a cada instante. Sabía que si era apresado su ejecución seria inmediata en la plaza mayor del poblado. Aquel día seria festivo y nadie iría a los campos o a las minas, para que todos pudieran presenciar el castigo al osado sacrílego.

Pero Dagh no estaba dispuesto a ser el protagonista de un espectáculo que debía terminar con la vida de quien atrajese las miradas apenadas o recriminatorias de los miembros de su comunidad.

Saltó por encima de una roca y de allí corrió, sabiéndose oculto, a la izquierda. El vehículo pasó por su lado y entonces él retrocedió unos metros.

Dagh sabia que los Señores podían comunicarse entre si por medio de unos aparatos, pero si los que ocupaban el vehículo no lo habían hecho aún a sus compañeros podía esperar no ser sorprendido por la espalda. Aquellos Señores debían suponer que el seguiría siempre corriendo hacia el norte, hacia el interior del Perímetro. No sospecharían que él estaba ahora a sus espaldas.

Cuando el vehículo se detuvo a pocos metros, oscilante, Dagh se

mordió los labios. Había confiado que siguiera adelante. Al parecer se habían dado cuenta de que él ya no corría, sino que debía estar oculto en alguna parte.

El vehículo silbó y descendió los centímetros que le separaban del suelo, posándose sobre el polvo, levantando una nube amarilla.

Armodon ya emitía suficiente luz y Dagh pudo ver que del interior del vehículo bajaba un Señor, con un arma en la mano.

Dejó la puerta abierta y desde su escondite, Dagh se aseguró de que no había nadie más dentro.

El Señor anduvo unos metros, mirando a su alrededor. Le estaba buscando. Quizá presentía que no estaba lejos.

Dagh vio que el Señor era joven, quizá un novicio. Aunque su túnica era roja no llevaba encima ningún adorno en oro. Pero sus ojos relucían amenazadores mientras movía de un lado a otro su arma, de largo cañón.

Las armas de los Señores eran temibles y Dagh bien lo sabía. En varias ocasiones las había visto funcionar. Lanzaban una potente luz, delgada como el dedo meñique, pero capaz de partir a un hombre por la mitad.

El Señor mostraba claramente su enfado. Su rostro contraído por la rabia asustó por un momento a Dagh. Pero en seguida se sonrió, recordando que en una ocasión había visto defecar a un Señor en el campo y aquel sencillo acto le hizo comprender que de divinos no tenían nada. Cuando contó en el poblado lo que había presenciado nadie le creyó, excepto Lena. La muchacha compartía muchas de sus dudas y creencias.

Dagh no creía en la divinidad de los Señores, como sucedía con todos sus vecinos.

El Señor empezó a alejarse de él. Dagh se alzó de su escondite y empezó a caminar, pero algo muy poderoso lo llevó hasta el vehículo. Cuando los Señores llegaban al poblado en demanda de algo o para exigir más trabajadores en las duras minas del norte, Dagh siempre se había quedado mirando, lleno de admiración, los relucientes vehículos de los dueños de Welussa.

Aquel pequeño vehículo tenía la puerta abierta y Dagh se asomó al interior. Había dos asientos delante de un panel lleno de luces y diales. Vio una cartera abultada en el suelo y la tocó. Parecía de piel, pero de un tacto tan fino que la acarició repetidas veces.

Debía tener algo en su interior, pues pesaba bastante.

Cuando más ensimismado estaba y casi a punto de abrir la cartera, escuchó a su espalda:

—Maldito gusano. Vas a pagar muy cara tu osadía.

Era la voz inconfundible de un Señor. Todos ellos hablaban con altanería. Y aunque aquél aún tenía la voz suave, su entonación rezumaba superioridad. ¿O era una falsa superioridad?

Dagh empezó a volverse muy despacio, para que el otro no temiese nada de él. Aunque no lo veía podía imaginarse que era apuntado por aquella temible arma que arrojaba una luz que mataba.

Delante de él, a un par de metros, el Señor le miraba con rabia. Su mano derecha sostenía el arma, que le temblaba ligeramente. Dagh aún sostenía la bolsa entre sus manos.

—Te llevaré ante mis superiores y ellos decidirán lo que harán contigo. Pero ya puedes suponer lo que te espera.

Dagh no lo suponía, sino que estaba seguro que seria despedazado ante sus vecinos y amigos como escarmiento, para que ningún otro se atreviese a ir hasta casi el Borde para ver descender en la noche el brillante objeto de la Plataforma.

Sabiéndose condenado y sin nada que perder, Dagh hizo botar entre sus manos la cartera. Cuando vio que los ojos del Señor seguían el movimiento, lo agarró con fuerza y lo arrojó contra el rostro de aquel imberbe Señor.

La pesada cartera golpeó al Señor en la cara y lo hizo caer al suelo de espaldas.

Pero el Señor no soltó su arma. Tumbado ridículamente empezó a dirigirle una sarta de insultos. Dagh sabía que no tenía tiempo para ponerse a salvo corriendo.

Con un veloz movimiento sacó el puñal y lo lanzó contra la garganta del Señor, clavándoselo hasta la empuñadura.

CAPITULO II

Rock Lambda necesitó muchas horas después de despertar para conseguir el absoluto dominio de su cuerpo.

Su mente ya funcionaba plenamente y empezó a hacer ejercicios. Luego obtuvo alimentos y bebió un poco de agua azucarada.

Entonces miró en su entorno, fijándose en cada detalle de la estancia donde había despertado. Miró la serie de dígitos que le indicaron la fecha objetiva. No se sorprendió lo más mínimo al comprobar el brutal salto del tiempo desde que fue dormido hasta aquel momento en que el Computador KAL 12 habíale sacado del sopor de siglos.

Se dirigió hacia la salida y pasó su mano sobre el consolador digital. Inmediatamente la hoja de acero se deslizó hacia un lado, silenciosamente.

Salió a un pasillo que empezó a iluminarse a medida que él lo recorría. Rock caminaba despacio, saboreando aquel momento en que volvía a la vida, preguntándose qué compañeros estarían de guardia en aquel instante.

Sonrió al recordar a Elisa Morgan, la bella y atractiva Elisa. Si tenía suerte ambos podían coincidir durante aquel período y recordar agradables momentos pasados en excitan te compañía.

Empezó a notar el leve y rítmico sonido que parecía emerger de cada rincón. Era el alma de la unidad, que mostraba así su vitalidad.

Cruzó la puerta y penetró en la sala de asueto.

Allí no había nadie. Las mesas estaban vacías y las sillas desocupadas.

Aquello no era posible. Siempre debía haber alguien allí, libre de trabajo.

El suministro de alimentos y bebidas lucia su luz amarilla indicadora de que en cualquier momento podía proporcionar lo que se le pidiese.

Cruzó la sala y entró en otro pasillo.

Siempre seguido por el sordo rumor. Rock avanzó ahora más de prisa por los pasillos. Se detuvo en el primer habitáculo que encontró y trató de abrirlo. Fue inútil. La puerta no cedió a sus

deseos mentales ni pases manuales sobre el sensor.

Buscó un comunicador y pulsó el código de KAP 12.

La voz sin inflexiones del computador surgió por el comunicador.

—Navegante 5481M Rock Lambda, te escucho.

Rock se humedeció los labios y deglutió. Era la primera que emitía algunas palabras y su voz sonó ronca cuando dijo:

—No veo a nadie, KAP-12. ¿Qué sucede aquí?

—Precisamente por eso te he despertado, Rock Lambda.

—No entiendo nada...

—La situación es singular. Ha debido pasar mucho tiempo antes de que yo me decidiera a despertarte.

—Demasiado, creo yo. ¿Dónde están los demás?

—En sus habitáculos.

—No puedo abrir ninguno. ¿Es que no vas a despertarlos?

—No.

Rock movió la cabeza. Ahora recordaba que hablar con KAP-12 era una forma de perder lamentablemente el tiempo. Aquel computador podía volverle a uno loco con sus respuestas.

Cerró la comunicación y se dirigió hacia otro habitáculo. Sabia la forma de proceder a un despertar de emergencia.

KAP-12 prefería no ser más explicito… El podía arreglárselas. Y si era preciso incluso buscaría a los jefes de la unidad para sacarlos de su sueño.

Pero sin el dispositivo de apertura maestro no conseguiría nada. Fue hasta la sala de emergencia y ante el panel cubierto por un cristal vaciló un instante. Luego, como recobrando la seguridad, lo rompió.

Su mano sacó el fino cilindro y con él se dirigió a los pasillos. Buscó el habitáculo de un jefe y abrió la puerta.

En la antesala corrió la pequeña puerta y puso al descubierto la serie de mandos que le permitirían iniciar el proceso para despertar al jefe. Leyó su nombre. Era una mujer y se llamaba Lamia Sarka. Según los datos era quien debía tomar el mando de la unidad en caso de emergencia. Y para Rock aquélla era una situación crítica.

Lleno de impaciencia esperó los minutos precisos para que el proceso concluyese. Cuando la luz roja de los mandos cambió por una verde, entró en la estancia.

Lo hizo seguro de encontrar a la jefe Sarka incorporándose de su lecho.

Pero el más profundo horror le hizo sentir un penetrante temblor en las piernas.

En el lecho donde había esperado encontrar a la mujer veía un cadáver momificado. La pureza del ambiente lo había conservado durante.. ¿Cuánto tiempo? Rock se repitió el interrogante. ¿Cuánto tiempo llevaba muerta Lamia Sarka? Lo mismo podía ser unos años que siglos.

Confuso, Rock salió de la estancia. En el pasillo intentó clarificar sus ideas. Acudió de nuevo al comunicador y llamó a KAP-12.

—Sarka está muerta —dijo nervioso, apenas obtuvo el indicativo preciso para saber que era escuchado.

—Lo sé.

—¿Lo sabias?

Lo se porque al abrir tú la puerta he tenido acceso a tal conocimiento.

Rock asintió y cerró la comunicación. Debió haber recordado que el computador podía saber, debido a sus sensibles mecanismos, lo que sucedía en el interior de un habitáculo.

Fue recorriendo los demás habitáculos del pasillo. Todos sus ocupantes habían muerto desde hacia un tiempo imposible de determinar por Rock.

Regresó sobre sus pasos, cruzó la sala de recreo y comedor y entró en el otro corredor. Leyó las listas de ocupantes. Dos habitáculos estaban vacíos. ¿Dónde estaban sus ocupantes? Pasó por delante del suyo y empezó la macabra visita a los demás. El proceso era lento. No podía acceder a su interior sin antes llevar a cabo el proceso de recuperación de los supuestos durmientes.

Como ocurrió en la otra sección, todos los ocupantes estaban muertos, momificados sus cuerpos al cesar por alguna causa misteriosa, el flujo que mantenía en óptimas condiciones sus constantes vitales.

Pese a que la desesperación empezaba a corroerle, Rock dejó para el último instante la inspección del habitáculo que debía ocupar Elisa Morgan.

Cuando manipulo en los mandos, realizando las operaciones pertinentes, se apartó, preguntándose si al concluir el proceso ella

despertaría a la vida o, por el contrario, sería un seco cadáver quien haría caso omiso a los estímulos.

Al terminar el proceso, Rock entró vacilante en la estancia. mirando al suelo. Sus ojos se posaron en el lecho, alzándolos muy despacio. Vio unos pies desnudos, de mujer.

Exhaló un suspiro y se dejó caer de espaldas contra la pared, mientras Elisa empezaba a alzarse del lecho, muy despacio. Le vio a él y trato de sonreírle.

* * *

Elisa bebió el último sorbo de café de la taza y miró al muchacho.

Rock había terminado de explicarle lo que había sucedido y ella mostraba un gran asombro.

—¿Quién ha estado manejando la unidad durante este tiempo? — preguntó.

Rock se encogió de hombros.

—El computador. Todo ha funcionado correctamente desde hace... La verdad es que aún no he conseguido averiguar el tiempo transcurrido. Existen unos dígitos, pero lo mismo pueden haber dado más de una vez la vuelta y comenzar de cero de nuevo.

—¿Has hablado con KAP-12?

—Lo he intentado, querrás decir. Ese retrasado mental emite unas respuestas desesperantes.

—Lo comprendo. Nunca me gustó el computador que eligieron para este trabajo. Es poco versátil.

Rock recogió la vajilla, reuniéndola sobre la bandeja y lo arrojó lodo por el conducto de los desperdicios

Rock, ¿estás seguro que no hay nadie con vida aquí?

—Al menos en el módulo no. Quedan muchas secciones en la unidad, pero dudo que alguno de los dos que faltan estén por ahí, trabajando. No. cariño. Aquí no hay nadie.

—Dices que todos han debido morir hace tiempo y que la unidad ha estado funcionando sola, sin la supervisión humana, bajo la dirección de KAP-12. ¿No debió ese computador chiflado despertarnos hace mucho tiempo, cuando la energía vital dejó de

fluir para mantener a los durmientes?

—Eso sería lo lógico —asintió Rock—. ¿Por qué no lo hizo?

—Preguntémosle.

Elisa se levantó y corrió hacia el comunicador más próximo.

A su pregunta, la réplica de! KAP-12 fue:

—No estaba programado para despertaros en cierto tiempo.

—¿Cuánto tiempo, maldita máquina?

—Cinco siglos.

Rock parpadeó. ¿Quién había dado a KAP-12 semejante orden?

—¿Ese es el tiempo en que murieron los demás?

—Sí.

—Pero faltan dos cuerpos. ¿Dónde están?

—No lo sé

—¿Han bajado al planeta?

—No lo sé.

Rock apretó los puños. Meneó la cabeza, indicando a Elisa que era imposible sacar conclusiones lógicas mediante una conversación con KAP-12.

La misión principal del computador era que la unidad trabajase correctamente. La existencia de los humanos era secundaria en cierto modo.

Estuvo tentado de decirle a la muchacha que cortase el contacto con el computador, pero ella aún hizo otra pregunta:

—¿Fueron esas personas que faltan de los habitáculos los que te ordenaron que no nos despertases?

—Sí.

— Di nos sus nombres

—Me prohibieron facilitar más datos.

—Ellos te prohibieron despertarnos a cualquiera de nosotros dos, que éramos entonces los únicos que aún vivíamos en suspensión animada, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Simplemente me dijeron que aunque pasasen quinientos años no os despertara.

Rock se rascó la barbilla. Dijo a la chica:

—Pudo ser un comentario de uno de ellos y este bruto lo tomó como una orden. KAP-12, dime, ¿por qué han prevalecido las

órdenes de esas personas sobre tu programación?

—Eran jefes. Tenía que obedecerles. Al transcurrir cinco siglos he podido despertarte, Rock Lambda 5481M. Su orden caducó.

—Pero estaba también Elisa Morgan 8172M. ¿Por qué no nos despertaste a los dos?

—Era una emergencia y sólo estoy capacitado para despertar al de más elevado rango.

Rock entornó los ojos. Poseía un rango ligeramente superior al de Elisa, pero entre los muertos los había que en vida fueron sus superiores. Dibujó una sonrisa corta, pero triunfadora.

—Eres una máquina repugnante, KAP-12.

—¿Puedo preguntar por qué opinas eso de mi?

—Ya has hecho la pregunta, de todas formas. Pero te la contestaré. Antes afirmaste que no sabías qué había pasado con los demás. Tú debías saber que estaban muertos, pues en caso contrario no me habrías despertado a mí. Seguro que intentaste despertar a Sarka en primer lugar. Al fallar, intentaste hacer lo mismo con los demás, bajando de escalafón hasta llegar a mí.

—No lo sabía.

—¡Mientes!

—Nunca miento. Tú desconoces mi programación. No sabía que los demás habían muerto. Sólo sabía que no podía despertarlos. En cambio sabía que podía despertarte a ti. Cuando volviste a la vida mi misión terminó.

De un manotazo, Rock desconectó la comunicación con el computador.

Se volvió para mirar a la chica.

—Creo que hemos averiguado más de lo que suponíamos. Elisa.

—Sí, yo también creo que de ese computador no podremos sacar nada más esclarecedor.

Se dirigieron a los habitáculos vacíos. Leyeron en los registros. Sus ocupantes eran dos jefes, efectivamente; tal como había dicho KAP-12. Se llamaban O-Shirarca 3278L, hombre, y Lendar Hae 9211L, mujer. Humanos ambos.

Rock y Elisa salieron del módulo y ascendieron por medio del elevador antigravedad hasta el siguiente. Allí estaban los controles de la unidad.

En la sala de inspección visual echaron un vistazo a las

numerosas pantallas que mostraban las secciones más importantes del complejo.

Vieron las máquinas funcionar, los hangares con las pequeñas naves transbordadoras y los cientos de robots que trabajaban alrededor de ellas.

Siguieron la larga fila de brillantes seres mecánicos, de aplastada figura y docenas de miembros prensiles, conducir hasta las entrañas de la unidad el mineral del cual se obtenía la gran energía que se precisaba.

—Los suministros han seguido fluyendo, al parecer —comentó Elisa.

—Sí —una sombra cruzó el rostro de Rock— Pienso que nunca faltó energía. Y habría sido imposible que las reservas de emergencia hubiesen fallado, provocando la muerte de nuestros compañeros.

Ella se volvió para mirarle, preocupada.

—¿Insinúas que su muerte fue provocada? ¿Intencionada?

—Si.

—¿Por qué no nos mataron a nosotros?

—No lo sé. Es posible que eso lo sepa KAP-12, pero sería muy difícil encontrar la forma de preguntárselo para obtener una respuesta lógica.

Después de mirar durante largo rato todas las pantallas llegaron a la conclusión de que ellos eran los únicos seres vivientes en la unidad.

—Aún queda un sitio —dijo Elisa.

Rock hizo un gesto de extrañeza, pero cuando recordó que existía un lugar no controlado por las pantallas visoras, se sintió un poco en ridículo.

—Tienes razón. El Control Maestro.

Estaba cerca y hacia allí se encaminaron. Pero la puerta de grueso acero estaba cerrada. Ante tal obstáculo, dijo Rock:

—No. no pueden estar dentro. Ahí no hay nadie.

—Pero debemos entrar. Rock.

—Imposible. Ni siquiera este cilindro podría hacerlo —dijo Rock mostrando el dispositivo sacado del panel de emergencia—. Sólo los jefes pueden entrar en el Control Maestro.

—Y ellos... Oh, Rock. ¡Fueron los jefes quienes mataron a todos

los demás hace cinco siglos!

—Han debido haber muerto hace tiempo, ¿no? Son demasiados años —sonrió Rock tristemente—. Pienso como tú, Elisa. Por alguna misteriosa razón, si es que podemos llamar la razón, Shirarka y Lendar, durante la guardia, cortaron el suministro y mataron a todos, excepto a nosotros.

—¿Por qué nos dejaron con vida?

—¿Quién sabe? Ojalá lo supiera.

Rock rozó la fría puerta. Les seria imposible acceder al otro lado. Sin dispositivo adecuado y sin armas potentes, aquel acero era un muro infranqueable.

—Estamos condenados a vivir aquí —musitó Elisa.

—No nos fallará aire y alimentos… y tiempo para pensar.

Se detuvieron ante el visor que controlaba el hangar.

—Una pequeña nave estaba siendo conducida para partir dentro de algún tiempo. Pero eran naves que carecían de presión interior, sólo preparadas para el transporte de mercancías.

No serían para ellos.

Aunque Rock sabía que al otro lado del Control Maestro existía un pasillo que conducía a un pequeño hangar donde debían yacer, eso suponía, dos falúas capaces cada una para veinte personas.

Cogió a Elisa por la cintura y dijo:

—Ven, tenemos tiempo para pensar. Debe existir algún medio de saber lo que pasa o de escapar de aquí.

CAPITULO III

Lena Astae zarandeó a Dagh. Al principio había intentado despertarle con suavidad, pero al escuchar el rumor en el exterior lo hizo casi con violencia.

El muchacho abrió los ojos, entre enfadado y somnoliento.

—¿Qué demonios...? —empezó a preguntar.

Ella se llevó verticalmente un índice ante los labios y susurró:

—Debes irte cuanto antes, cariño. Nadie debe verte salir de aquí. Creo que hay jaleo ahí fuera.

—¿Qué clase de jaleo? —preguntó Dagh saltando del lecho.

Completamente desnudo se acercó a la ventana y atisbo levantando un poco la cortinilla de bambú.

—Es en la plaza, supongo. Mucha gente corre hacia allí. Espera...

Ambos escucharon tensos la sonora trompeta de los ediles de la ciudad convocando a la población.

Lena se vistió con la túnica, que se anudó a la cintura con un cordón rojo.

—Vamos. Dagh; no perdamos más tiempo. Debemos ir también nosotros.

Ante la sorpresa de Lena, él negó con la cabeza y se sentó en la cama.

—No. Yo no iré. Pero te ruego que vayas tú y me cuentes lo que pasa.

Lena frunció el ceño y se arrodilló delante del muchacho.

—Cariño, no se lo que te pasa, pero desde que volviste ayer de tu loca excursión a la Franja estás muy extraño.

El trató de dirigirle una sonrisa y le acarició en la mejilla.

—No te inquietes por mí. Estoy bien. Ve y luego me lo cuentas todo, ¿eh?

Ella se levantó y terminó de peinarse precipitadamente. Metió los pequeños pies en las sandalias y volvió a mirar a su amante.

—Te buscaré luego en tu casa No te quedes más aquí, por favor. Ya corremos bastante riesgo durmiendo juntos antes de obtener el permiso de los Señores de la Vida —le hizo un mohín amenazador con el dedo, añadiendo—: Y seguro que cuando nos volvamos a ver me contarás lo que te pasó en la Franja, si es que realmente llegaste

a ir allí.

Dagh la vio salir del cuarto y luego, a través de la ventana, correr por la calle en dirección a la gran plaza, confundiéndose con docenas de personas que hacían lo mismo

A solas, Dagh se inclinó y buscó algo debajo de la cama. Sacó una ajada bolsa de tela, que sopesó. Notó el bulto y se estremeció. Permaneció aún un rato en la vivienda de Lena esperando que las calles quedasen solitarias.

Sólo entonces salió y anduvo pegado a las paredes de las casas. Si pasaba por allí algún Señor y le descubría podía pagarlo caro. La llamada de los ediles convocando a la población había tenido el tono característico que solían dar cuando eran los Señores los que llegaban allí para dirigirse a la comunidad por algún motivo especial.

Estaba amaneciendo y aquello trajo a Dagh malos recuerdos.

En un amanecer le había sucedido lo más terrible de su vida.

Quería volver a su vivienda v quedarse en ella oculto hasta que Lena llegase contándole lo que había pasado en la gran plaza.

Pero Dagh podía suponerse lo que ella debía escuchar en aquellos instantes.

Al pasar delante de una puerta abierta se detuvo y prestó atención. Tal como habíase imaginado, escuchó la respiración anciana de alguien que estaba dentro.

—¿Hegarle? —preguntó en un susurro.

—¿Quién demonios? —tronó una ronca voz en el interior—. Ah, te conozco por la temblorosa entonación que das a mi nombre, Dagh. Pasa, antes que te vea algún Señor que puede rondar por ahí.

Dagh anduvo de puntillas y echó la pesada cortina detrás de él. Casi a tientas llegó hasta cerca de la respiración entrecortada del anciano. Tocó el respaldo de una silla y se sentó en ella.

Cuando se acostumbró a la penumbra vio al otro lado de la mesa a un viejo, de larga barba blanca y brillante calva.

Hegarle le sonrió ampliamente, mostrando una increíble dentadura, completa y blanquísima.

— Eres un bribón, Dagh

—¿Por qué?

—Sé que estás aquí desde ayer y no has tenido la delicadeza de venir a verme. ¿Que motivo te ha hecho ser un maleducado?

—Tal vez el miedo.

—¿Miedo un joven como tú? ¿Que has visto en la Franja?

—Lo que me dijiste, viejo. Vi la cosa caer del cielo y a los Señores de la Vida rodearla. Luego metieron en el objeto muchas cajas de metal.

—Y el objeto se elevó al cielo poco después, ¿no?

—Si.

—Yo también lo vi una vez cuando era ¡oven. Mi curiosidad me llevo hasta cerca del terreno prohibido, donde todo es árido y no crece la vida, donde los hombres mueren y las mujeres dan a luz monstruos que deben ser exterminados. Si una semilla permanece mucho tiempo más allá de la Franja, lo que crece de ella debe ser destruido, tan evidente es su maldad que no es preciso que los Señores nos adviertan de su anomalía.

El viejo le miró preocupado.

—Supongo que tú no habrás entrado en la tierra prohibida. ¿no? En caso contrario enfermarás en poco tiempo, tus cabellos se caerán y también los dientes. Eso será lo primero que te indicará que morirás pronto. Luego tu cuerpo se cubrirá de llagas y la muerte será una bendición para calmar tus dolores.

—Incluso nadie se podrá acercar a ti y tu podrido cuerpo será quemado y luego enterrado en cales vivas. Luego...

—Oh, deja eso, viejo. No me asustarás más de lo que estoy.

Hubo un instante largo de silencio, tras el cual Dagh dijo:

—Cometí una torpeza, Hegarle.

—Seguro que cometiste una torpeza al ir allí —se lamentó el viejo—. Yo te conté mi relato y fue mi error. No supuse que harías lo mismo que yo. Cuando volví de mi locura estuve muchos días pensando, temiendo que los Señores vendrían a buscarme.

Hegarle soltó una ronca carcajada.

—Pero no lo hicieron y me envalentoné. Aunque no volví a tal sitio, desde entonces sentí cierto desprecio por los Señores. ¿Dónde estaba su poder, que les impedía descubrir que yo había estado espiándoles? Me volví tan osado que comencé a blasfemar, y cuando la vejez llego a mis huesos me invente Historias o repetí otras que había escuchado en mi juventud, de otros ancianos que las contaban en susurros llenos de temor.

Dagh meneó la cabeza.

—Los Señores están aquí, Hegarle.

—Es posible. Los ediles han convocado una reunión a de manda de ellos. Deben querer algo. Tal vez más braceros para las minas o alguna chica... No sé.

—No, nada de eso. Vienen a por mí.

—No seas tonto. Si llegaste ayer y has vivido hasta hoy significa que estás a salvo.

—Bueno, quizá no me buscan exactamente a mi, pero si a alguien.

El viejo se adelantó y apoyó sus huesudos codos sobre la mesa.

—¿Qué quieres decir?

—Los Señores de la Vida deben estar furiosos, Hegarle. Cuando me iba, un Señor me descubrió.

—¿Qué dices? ¿Estás seguro? —el viejo lanzó un resoplido—. Bien, eso debió ser cuando aún no era de día y no debió reconocerte...

—Cierto, no había suficiente luz, pero aquel Señor, un joven Señor, me siguió con un pequeño vehículo, de esos que flotan.

—Lo despistarías... —Hegarle rió nerviosamente—. Claro que sí. Debió ser así o no estarías- aquí. Soy un idiota.

—No, viejo, no. El Señor bajó del vehículo y me estuvo buscando. Se alejó de mí y yo pude haber escapado, pero fui un loco y me puse a trastear en el interior de su vehículo. Entonces me sorprendió. Estaba detrás mío, apuntándome con un arma de esas que lanzan una luz que perfora a un hombre.

—Sigue.

—Yo había cogido una cartera de brillante piel en el vehículo y se la arrojé a la cara. Si hubiera podido habría escapado, viejo, pero el Señor aún tenia su arma y me apuntó con ella... No lo pensé un segundo. Sólo quería conservar mi vida Yo...

—Por los dioses de la Vida, Dagh. ¿Qué hiciste?

—Maté al Señor. Le lancé mi puñal a la garganta.

* * *

Los vidriosos ojos del anciano miraron largamente el brillante objeto que Dagh sacó de la bolsa de tela. Al lado había una cartera

de piel, de cuyo interior habíase extraído unas placas opacas, como de cristal.

—Con esto golpeé al Señor —Dagh clavó sobre el tablero de madera de la mesa su puñal—. Y le maté con esto

Hegarle levantó la mirada para posarla, horrorizado, en Dagh.

—Es horrible lo que has hecho, muchacho. Los Señores no dejarán este crimen impune.

Lo sé. Pero yo no lo considero un crimen, un homicidio, sí. El Señor no es un ser sobrenatural, sino un hombre de carne y huesos como yo. Y te juro por los dioses, los verdaderos que deben existir, que de su garganta manó sangre y murió como cualquier miembro de nuestra comunidad. ¡No es cierto cuando afirman que nacen de mujer mortal y su existencia se prolonga indefinidamente, hasta que son con minados a subir a los cielos en esos carros de fuego que bajan periódicamente!

—Blasfemas...

—¿Tú me dices que blasfemo?—Dagh rió irónico—. Siempre te has burlado de las cosas de los Señores.

—Una cosa es burlarse, tentar a la suerte, y otra muy distinta matar a uno de ellos rozó sus callosas manos el objeto de brillante acero—, ¿Sabes lo que es esto?

—Si. El Señor intentó matarme con esto que llaman pistola.

—¿Y lo otro?

—No lo sé. Estaban esos discos dentro de la cartera en el vehículo. Ignoro su significado.

—Debes desprenderte de todo esto. Dagh. Es la evidencia de tu delito.

—Te repito, viejo, que no es un delito lo que hice. ¿Es que tengo menos derecho que los Señores, que castigan y se llevan a las mujeres jóvenes que les apetecen? ¿Quiénes; son ellos que dictan leyes y nos mandan, que envían a los hombres a las minas para no volver nunca más con nosotros?

—Siempre fue así.

Dagh meneó la cabeza. Ahora Hegarle hablaba como un anciano más y se sintió decepcionado. Si las cosas habían sido siempre así, él no estaba conforme con las costumbres. Tocó el arma, sintiéndose fuerte y seguro. Se preguntó si sería capaz de hacerla funcionar como si de un Señor se tratase.

—Nunca me desprenderé de la pistola, ni de los discos de vidrio.

—Estás loco…

—Ya he iniciado un camino del que no puedo regresar.

Calló al escuchar rumores en la calle. La gente volvía a sus casas. La reunión debió ser concluida hacia poco.

Al poco rato, Lena entró en la vivienda. Entonces el viejo descorrió las cortinas y la luz penetró en la estancia, que era comedor y cocina a la vez.

Dagh vio a Lena muy pálida. Ella, sin preámbulos, dijo:

—El Consejo y los ediles están asustados. Todos estamos asustados. Los Señores están furiosos.

Dagh la cogió por los hombros.

—¿.Qué ha pasado?

—Los Señores afirman que uno de nosotros ha cometido el más grave delito contra ellos, matando a un Señor y robando algunas de sus pertenencias.

—Los Señores también mueren —dijo Dagh secamente—. Por qué ha tenido que ser muerto por uno de Nosotros?

—Lo mataron de un tajo en la garganta y se llevaron algunas cosas. Los Señores no especificaron lo que fue. Quieren al culpable.

—Es lógico.

—En caso contrario, como no se entregue, amenazan con graves castigos.

Dagh desvió la mirada y Lena le preguntó:

— ¿Por qué lo hiciste. Dagh? Ahora todos los horrores caerán sobre nuestros amigos, sobre la comunidad.

CAPITULO IV

—El planeta se llama Welussa —dijo Rock—. Y el sol fue denominado Armodon —arrugó el ceño—. Ya partimos en suspensión animada de la base, como bien sabes. Lena. La índole de la misión sólo la conocían los jefes. Nosotros debíamos ser despertados varios años después, para hacernos cargo del servicio de mantenimiento y supervisión. Y al decir nosotros me refiero a los navegantes sin categoría específica.

Vio a Elisa que jugueteaba con los restos de comida. La muchacha parecía aburrida, fastidiada ante la situación que se había encontrado al volver a la vida. Rock no estimaba el asunto muy grave, al menos por el momento. Habla decidido que ya tendría tiempo para preocuparse, cuando una vez consumados todos los medios, estuviese convencido que no tenían otra alternativa que quedarse allí para siempre.

—Los sistemas de comunicación están al otro lado de medio metro de acero —dijo Elisa, levantando la mirada hacia su compañero—. Sin el sistema de apertura será imposible legar al Control Maestro. ¿Qué nos importa a nosotros la clase de misión que impulsaron a las autoridades imperiales enviarnos a este ignoto lugar en la galaxia? —Lo extraño es que durante todo este tiempo en la base, extrañados ante nuestro silencio, no hayan enviado otra nave en busca de noticias.

—¿Quién sabe si el Gran Imperio existe todavía? —preguntó Elisa con despecho.

Aunque desde hace tiempo presentaba síntomas evidentes de descomposición política y social, era aún muy poderoso cuando partimos Elisa. Tiene que haber otra explicación para el extraño aislamiento en que estamos.

—KAP-12.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

—Ese estúpido computador puede haber emitido mensajes periódicos a la base y allí pueden pensar que todo está bien. —Es inverosímil, cariño. KAP 12 no puede hacer algo semejante.

—¿No? Al computador sólo le interesa que la parte automática de esta unidad funcione perfectamente, y al parecer durante cinco siglos todo ha estado actuando a las mil maravillas. Desde el

planeta se reciben los envíos de mineral fusionable y desde aquí se les remite los acondicionamientos precisos para hacer habitable una zona que debe aumentar cada año

Oh, dioses. No sé qué pensar. Por el tiempo transcurrido el proceso debía estar liquidado Hace más de cuatrocientos años se debió dar por terminada la misión y reemprendido el regreso a la nave.

—¿Crees que en cuatrocientos años se habría terraformado un planeta de las dimensiones de la Tierra?

—Desde luego. Aunque no estaba muy al tanto de la misión, de algo pude enterarme. Creo que se trataba de venir aquí, orbitar sobre un mundo de condiciones hostiles y en cuestión de setenta o noventa años convertirlo en una réplica de la Tierra, colonizarlo y...

—¡Rock! —gritó Elisa poniéndose en pie de un salto.

—¿Qué ocurre? —inquirió él, alarmado por la reacción de Elisa.

—Has dicho que los colonos... ¿Sabías que en esta nave viajaban con nosotros algunos cientos de colonos?

—No. no. ¿Es que tu...? —Fue un rumor que nunca me confirmaron. Creo que en la base embarcaron unos cientos de hombres y mujeres. Oh, dioses. Esta base, unidad como la llamamos, es demasiado grande. No sabíamos lo que contenía cuando nos embarcaron en estas secciones aisladas de todo lo demás. Pero creo que viajaron con nosotros, también en suspensión animada, unos centenares de personas. Lo hicieron en los otros módulos, sin contacto alguno con los navegantes. ¿Qué habrá sido de ellos?

Rock se levantó y se dirigió a los monitores de televisión. Ajustó unas pantallas. Vieron panorámicas de los hangares, los talleres, centros de producción de energía y otras dependencias. A cada imagen que aparecía unas letras se les anteponían detallando lo que se les mostraba.

—Nada —masculló Rock—. No aparecen las secciones donde debían viajar los colonos. Estos chismes parecen tener cerrado el acceso a todo lo demás que no sea nuestros módulos, incluso al Control Maestro.

—Entonces sólo desde el Control Maestro pueden averiguarse si los colonos aún yacen durmiendo, en perfecto estado de animación suspendida o a esos desdichados les ha llegado su hora al fallar el

sistema de mantenimiento, corno a casi todos nuestros compañeros.

—Existe una tercera posibilidad.

—¿Cuál?

—Pueden haber sido desembarcados.

—¿Y sus descendientes vivir en la superficie de Welussa? No lo creo. Rock, algo ha pasado a bordo que ha trastocado los planes que nuestros jefes recibieron de las autoridades imperiales. Faltan dos de los jefes. ¿Dónde están sus cuerpos? ¿Despertaron hace cinco siglos y ya han muerto o están vivos desde hace pocas semanas o años?

Rock se encogió de hombros Despacio regresó junto a la mesa y se sirvió otra taza de café, infusión que les había suministrado la máquina automática de alimentos. Se preguntó que pasaría si ésta se averiara. O la renovación del aire. O…

El muchacho meneó la cabeza. Dijo con voz ronca.

—Elisa, en Welussa tiene que haber alguien. Seguro. Si no quién carga las naves que automáticamente descienden. Deben ser personas las que busquen el mineral fusióname, lo refinen y nos los entreguen

—Si, es verdad. ¿Pero podríamos asegurarnos que es así?

—Sin entrar en el Control Maestro, no. En el módulo donde nos movemos no hay medios para averiguar nada de eso. No tenemos ni una mirilla por la que mirar si efectivamente Welussa está cerca o lejos de nosotros. Nada.

Terminó el café y empezó a levantarse. Elisa le preguntó qué iba a hacer.

—Recuerda que no estarnos solos —empezó a decir Rock. Ante la expresión de extrañeza de la muchacha, añadió—: Hay docenas de momias ocupando habitáculos. Pienso arrojarlas al espacio.

—No nos molestan. ¿Para qué ese trabajo?

—Tengo que ocuparme de algo replicó Rock secamente—. Sé que no es un trabajo agradable, pero es preferible mantener nuestro módulo de forma que no parezca un cementerio Lo haremos todo legalmente, como exigen las ordenanzas. Tomaremos la filiación de cada uno de los muertos y certificaremos su muerte.

—¿Qué motivos pondrás en los partes?

— Fallo técnico.

—Te faltará la fecha de los óbitos.

—Espero que eso sí sabrá decírmelo KAP-12.

Ella le acompañó y entraron en el pasillo. Ante la primera puerta abierta que daba al habitáculo más cercano, Elisa se detuvo.

—Rock, ¿funcionarán las esclusas para que podamos lanzar los cadáveres al espacio?

—Eso espero —la miró un instante—. ¿En qué estás pensando?

Elisa apretó los labios. Sin decir nada se encaminó a la esclusa que estaba situada al final del pasillo. ¿Por qué no lo había pensado antes? Se repitió varias veces, mientras contesta los deseos de reír nerviosamente.

Ante la circular puerta de acero, los dos jóvenes se detuvieron. Rock se dijo que una salida de emergencia como aquella no podía ser maniobrada exclusivamente desde el Control Maestro.

Abrió la pequeña apertura donde estaba el dispositivo de seguridad. Era una llave, que giró con la mano.

Se escuchó un chasquido y el mecanismo empezó a actuar. La puerta de acero se elevó hacia el techo y ante ellos apareció una estancia rectangular, de diez metros por cinco. Al fondo se veía otra compuerta similar. Aquélla no se abriría mientras que la primera no estuviese sin cerrar.

Pero lo que más interesó a los muchachos fue una alacena adosada a la pared donde se alineaban ocho trajes espaciales.

—Los depósitos de oxígeno están completos —dijo Rock después de revisarlos—, ¿Pero nos servirán de algo?

Elisa tomó un traje a su medida y asintió con la cabeza.

—Claro que sí. Recuerda que las naves que salen de la unidad y regresan con mineral carecen de cabina presurizada.

Rock calló. ¿Cómo no se le había ocurrido a él antes?

* * *

Cuando los Señores acudían al poblado lo hacían en sus grandes vehículos, que aparcaban en un extremo de la enorme plaza. Desde el día que estuvieron anunciando grandes males para la comunidad a causa de la muerte de uno de sus miembros no se movieron de allí.

Salían poco. Cuando uno de ellos caminaba por las calles del

poblado los nativos se apartaban a su paso y saludaban llenos de respeto y temor.

A veces los ediles eran invitados al vehículo mayor, del cual salían más pálidos que cuando entraban, siendo portadores de los deseos del los Señores.

Una mañana, Dagh Darmoon vio cómo veinte hombres, de diversas edades, eran reunidos en la gran plaza. Ninguno estaba alegre y poco después eran metidos en un vehículo, que partió el instante.

—Van a las minas, a morir lentamente allí —escuchó a su espalda.

Ya sabía quién le había hablado. Se volvió. Era Hegarle, que tomaba el sol bajo un pequeño árbol. Dagh se sentó a su lado. Los vehículos de los Señores brillaban en el fondo de la gran plaza. Ni siquiera los perros se acercaban a ellos.

—¿Cómo los eligen? —preguntó Dagh.

—¿Qué dices?

—Los Señores llaman a los consejeros o a los ediles y les dan una lista de los que tienen que ir a trabajar a las minas. Siempre me he preguntado qué criterio usan para la elección.

Hegarle se quito una molesta mosca de la mejilla.

—Una pregunta inteligente, muchacho. Casi nadie se ha dado cuenta qué es lo que tienen esos hombres y mujeres en común para ser elegidos.

—¿Qué es ello?

—Están enfermos. Todos los que se llevan los Señores padecen alguna enfermedad, más o menos grave. Claro que cuando los Señores precisan de mano de obra y la salud entonces en la comunidad es alta, eligen a los sanos, pero siempre han preferido llevarse a los más débiles o condenados a morir pronto.

—¿Por qué? El trabajo en las minas, según dicen, es duro. ¿No sería más lógico utilizar a los fuertes?

Una persona sana o enferma dura lo mismo en las minas. Dagh.

—Nadie sabe dónde están, nadie sabe qué sacan de allí.

—Sólo lo saben los Señores.—el viejo empezó a sonreír pícaramente—. Pero yo también fui una vez cuando era joven hasta cerca de una mina. Poco a poco fui trazando un camino, el que siguen Ion vehículos que se llevan a los elegidos. Así, una vez me

aposté en el sendero y esperé el vehículo con el último cargamento. Corrí tras él y se detuvo antes que lo perdiese de vista. Lo hizo cerca de las minas, que se hunden en el suelo y creo que llegan hasta el mismo infierno.

Dagh miró asombrado al anciano.

—Nunca me has contado nada de eso, viejo enredador.

—Y creo que he hecho mal. Ya cometiste un error grave hace unos días.

Dagh sonrió.

—Bah. Ya ves que no ha pasado nada. Los Señores están esperando vanamente que alguien se presente y se confiese culpable. Cuando se cansen de esperar se largarán.

—Ojalá lo quieran los dioses —suspiró el anciano.

— Hegarle, ¿por qué no vuelven los que van a las minas?

—Porque mueren allí lentamente. De las entrañas de la tierra salen gases, emanaciones. que los matan despacio. Se dice que ninguno dura más de dos o tres años allí. Pero los Señores afirman que los que mueren al servicio de ellos y de los Dioses de la Vida, por la Plataforma, encuentran el perdón a sus pecados y vuelven a nacer en otro mundo donde no existen límites, Franja ni Borde.

—Pero ninguno va contento a las minas —rió Daga.

—Creo que aunque nadie se atreve a decirlo su fe es muy precaria.

—Bueno, quizá tengas razón. Lo cierto es que ninguna persona se siente a gusto sabiendo que tiene los días contados. Pero si no se accediera a ir cuando los Señores lo dicen, su ira sería grande y el número de elegidos sería mayor.

—¿Por qué no se niegan? —preguntó, empezando a ponerse furioso.

—Oh, muchacho. Tus preguntas me aturden. Me gustaría tomar el sol tranquilamente. Un cuerpo viejo como el mío necesita del sol.

—Vamos. Hegarle. Respóndeme. Tú sabes muchas más cosas de las que aparentas conocer. ¿Es que nunca se negó alguien a ir a las minas?

—Claro que si. Varias veces ha ocurrido, sobre todo cuando los elegidos se consideraban sanos. Entonces los Señores los castigaron. Recuerda que poseen armas, poderes increíbles. Además, los ediles y consejeros se encargarían de hacer cumplir los deseos de los

Señores, porque en caso contrario la aldea sería arrasada. Siempre es preferible que mueran algunos cada año a que al final se cierna sobre todos.

—Somos cobardes. Nos dejamos convencer por estúpidas teorías religiosas. Los Señores hacen con nosotros lo que quieren. No nos explican nada. Se quedan con las mujeres que les gustan y nos quitan los mejores alimentos y vinos.

—Pero a cambio ellos mantienen contentos a los dioses y la Plataforma puede funcionar.

—Me pregunto si la Plataforma realmente sirve para algo.

El tono irónico hasta entonces empleado por el viejo desapareció. Sus cansados ojos se tornaron serios y dijo:

—Si de algo estoy seguro es de que la Plataforma es útil. Es más, la Plataforma resulta imprescindible para la supervivencia de la comunidad.

—Lo dudo.

—Debes creerme, muchacho. Sin la Plataforma que constantemente está sobre nuestras cabezas, mientras las estrellas aparecen y desaparecen, mientras el sol recorre el firmamento y se oculta en las montañas de poniente para volver a surgir al día siguiente por levante, el Perímetro disminuiría y la Franja nos iría estrechando en un circulo cada vez más estrecho, hasta que llegase el día en que el Borde estaría delante y detrás nuestro. Y al final todo seria muerte, porque las tierras se tornarían estériles, el agua de los ríos desaparecería y todos terminaríamos como los seres de las minas.

Dagh deglutió, impresionado por las palabras de su amigo.

No dudó en que el viejo decía la verdad. O al menos Hegarle creía firmemente en lo que había dicho.

CAPITULO V

Embur, edil principal y jefe del Consejo, dio permiso a Dagh para entrar en su despacho.

—¿Qué deseas? —preguntó frunciendo el ceño, un poco molesto por la interrupción. Sobre su mesa tenía desparramados montones de papeles, lo que significaba que el trabajo se le había retrasado a causa de la permanencia en el poblado de los Señores.

—Vengo a cumplir con la ley, edil Embur —dijo Dagh.

—¿Qué pretendes hacer para recurrir a la ley, joven Darmoon?

—Lena Astae y yo queremos legalizar nuestra unión, que nuestros nombres figuren en el Libro de la Comunidad.

Embur emitió un gruñido y se pasó la mano por la frente. Dagh se dio cuenta de que el edil sudaba copiosamente aquella mañana.

—Has elegido un pésimo momento, muchacho... Con todo el jaleo que tenemos... En fin. Dime para cuándo será la ceremonia y tal vez esta tarde pueda dar vuestros nombres a los Señores.

Dagh adelantó el mentón y crispó los puños.

—¿Es preciso eso, señor?

—¿Eh? ¿Que dices? ¿Es que has olvidado las enseñanzas que recibiste de adolescente? La ley exige que los Señores den su consentimiento para la normalización de nueva familia en la comunidad.

Sabiendo que faltaba al protocolo, Dagh se sentó delante del edil, quien parpadeó varias veces, pero tan sorprendido de lo que veía que no encontró las palabras para manifestar su enfado.

—Siempre me he preguntado por qué los Señores han de inmiscuirse en nuestros asuntos privados, señor. ¿Qué pasaría si yo me uniese con Lena sin cumplir con la ley....?

—¡Calla! Me abrumas con tus impertinencias. Por supuesto no seriáis inscritos en el libro.

—De acuerdo. Pero Lena y yo dormiríamos juntos si lo quisiéramos. ¿.Qué ocurriría en ese caso?

—Los dioses te confundan, joven Darmoon. Fui amigo de tus padres y te aprecio, pero si insistes en tu postura irrespetuosa tendré que dar parte al consejo.

—Deje a mis padres. Los dos murieron en un accidente cuando se construyó la presa que suministra agua al poblado. Hablamos

ahora de mí.

—Seriáis expulsados del pueblo y al final los Señores os castigarían. Vuestro castigo sería peor que ir a las minas sin ser elegidos. Seguramente seríais arrojados más allá del Borde.

Dagh sonrió. Cruzó los brazos y dijo:

—Está bien, edil Solicite cuanto antes a los Señores su permiso para mi unión con Lena Astae. Queremos que la ceremonia se celebre mañana.

—Te aconsejo que la pospongas unos días. Al menos hasta que ese sacrílego que mató a un Señor se entregue y nuestra comunidad se vea limpia. No veo el momento que se marchen de la plaza los vehículos y los Señores con ellos —terció diciendo en medio de un profundo suspiro el edil.

Dagh soltó una carcajada

—Usted también se siente molesto por la presencia de esos enviados de los dioses de la Vida, edil. ¿Por qué los dioses no impidieron que uno de ellos muriera con un puñal clavado en la garganta?

El edil meneó la cabeza y se secó el sudor con un pañuelo,

—Vete, Dagh. No me obligues a tener que acusarte ante el Consejo. Sería terrible ahora, estando los Señores aquí...

Dagh comprendió que no debía correr más riesgo y salió del cuarto. Cuando estuvo fuera de la enorme construcción de madera y adobe que era la sede administrativa de la comunidad, sonrió. Pero en seguida pensó que tal vez, había ido demasiado lejos en sus atrevimientos.

Miró por una calle, que daba a la gran plaza. Allí seguían reluciendo bajo el sol los vehículos de los Señores. ¿Qué estaban esperando? ¿Qué les impedía llevar a cabo sus represalias si el que mató al Señor no se entregaba?

Dagh se sintió de pronto inquieto. Si los Señores detallaban cuales iban a ser sus sistemáticas de venganza, ¿qué haría él? ¿Sería capaz de delatarse para salvar a los suyos?

Confiaba que al final todo quedase en falsas amenazas. Lo más seguro era que los Señores, cansados de esperar, cualquier día pusiesen en movimiento sus vehículos y se largasen al ignoto lugar donde solían permanecer regularmente.

* * *

Dagh dormía cuando fue despertado Abrió los ojos, mal diciendo porque apenas hacía unos minutos que se había sumido en la reparadora siesta. Fuera caía una fina lluvia, beneficiosa para los cultivos y el trigo recién sembrado, tal como estaba predicho.

Eran Lena y Hegarle quienes estaban junto a su cama. La muchacha se cubría con una capa encerada; pero el viejo se había empapado hasta los huesos.

—¿Qué sucede? —preguntó Dagh, saltando de la cama al ver las preocupadas expresiones.

—Algo terrible, Dagh -dijo la chica—. Acabo de ver al edil. Hace poco habló con los Señores.

—¿Y qué? inquirió Dagh, pero imaginándose que algo había ido mal.

—El permiso os ha sido negado —dijo Hegarle.

Dagh esperaba algo semejante, pero no por ello su enfado fue menor.

—¿Que derecho tienen los Señores? Lena es mía —estallo, señalándola con un dedo y mirando con rabia al viejo, como si tuviese la culpa—. Yo la poseí primero y hemos dormido juntos muchas noches. ¿Qué excusa dan los Señores para decir que no?

Los Señores no suelen dar explicaciones a sus decisiones.

—Seguramente el edil Embur habló más de la cuenta —masculló Dagh, recordando que él no se había portado muy diplomáticamente.

—No, no. Embur te aprecia —dijo Lena—, Estaba muy consternado cuando me dio la noticia. Fue ante los Señores para informar de otros asuntos y al final solicitó el permiso. Incluso cuando le fue negado perdió los estribos e insistió, Embur me aseguró que los Señores se irritaron con él y al final tuvo que deshacerse en disculpas.

Dagh quedóse en silencio un rato. Luego se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, eso no me apartará de ti, cariño. Seguiremos como ahora. Cuando pase algún tiempo pediré a Embur que solicite de nuevo a los Señores...

—No, Dagh. No sigas. No te lo he contado todo.

—¿Es que hay más?

Lena agachó la mirada y el viejo, después de carraspear dijo:

—Lamentablemente, sí. Los Señores dieron a Embur una lista de tres chicas que deben irse con ellos. Entre ellas está Lena.

* * *

Sólo cuando estuvo más calmado. Lena regresó al lado de Dagh. Vio los muebles rotos y sintió una profunda pena por aspecto abatido del muchacho. Había escuchado los gritos maldiciones de Dagh en la otra habitación. Varias veces estuvo tentada de entrar, pero Hegarle le decía que no con la cabeza. Debía dejar que el ímpetu de Dagh cesase. Dagh la miró con gesto crispado.

—¿Por qué han tenido que elegirte a ti? Suelen fijarse en chicas muy jóvenes, con catorce o quince años... Tú tienes casi veinte. ¿Por qué?

Desde la puerta. Hegarle dijo:

—Es algo desacostumbrado, es verdad —arrugó el ceño—. En todos mis años nunca vi nada semejante. Ni mis padres me contaron que una vez los Señores eligiesen una chica con más de quince años.

Lena tomó las manos de Dagh entre las suyas.

—Adiós, Dagh.

—¿Adiós?

—Si. Los Señores partirán al anochecer. Debo irme con ellos. En casa del edil nos reuniremos las tres muchachas.

—¡No! —gritó Dagh.

—Vamos, muchacho —dijo el viejo con voz rota—. No puedes oponerte. Y lo sabes. Debes aceptar las cosas como son...

El joven no le respondió. Se volvió, arrodillándose junto la cama, la cual apartó violentamente. Luego empezó a cavar en el terroso suelo. Lena le miró atónita, sin comprender, pero el viejo sabía lo que Dagh pretendía hacer. Horrorizado, dijo:

—Eso sería tu muerte, muchacho.

Dagh ya tenía entre sus manos la bolsa y la pistola.

—O la de ellos. Si he matado a uno puedo matar a otros. Y más fácilmente ahora. Con sus mismos medios. No se llevarán a Lena.

* * *

Embur se acercaba a la casa de Dagh cuando se detuvo a ver salir a éste. No se fijó en lo que el muchacho llevaba y si a Lena ir detrás de él.

—Ah, venia a buscarte, Lena. Dagh, lo siento; pero…

Palideció bruscamente al descubrir el arma que empuñaba Dagh.

—¿Qué pretendes...? —empezó a decir.

Dagh le empujó y echó a caminar calle adelante. Cuando Lena se le acercó la tomó de una mano y la obligó a ir a su paso, ligero y decidido hacia la gran plaza.

Cuando llegó a ella vio sólo a un vehículo. Se detuvo. Junto a la entrada había un Señor, con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando.

Escuchó las pisadas presurosas del edil, que le gritó:

—¡Detente, Dagh! Yo té he advertido. Te harás ejecutar y bien que lo merecerás, porque esa arma evidencia que tu mataste al Señor.

Dagh sonrió, sin volverse Tal vez comprendía la postura del edil. Aquel tipo, ante lo irreversible de la situación, intentaba salvar su pellejo, intentando que el Señor le oyese. También quería delatarle y así salvar a la comunidad de las posibles represalias.

No le hizo más caso y caminó en dirección al Señor, quien al verle acercarse descruzó los brazos y quedóse mirándole fijamente. ¿Sorprendido? Dagh pensó que los Señores mostraban siempre una faz inexpresiva. Raramente dejaban entrever sus emociones.

Pero el Señor debía estar sorprendido al ver la pistola en su mano derecha, empuñada firmemente. Dagh la había estado estudiando y al menos en teoría sabía cómo hacerla funcionar después de quitarle el seguro.

Se plantó a pocos metros del Señor. Con estentórea voz dijo:

—Soy Dagh Darmoon y ella es mi compañera Lena Astae. Te digo, monigote con túnica, que he hecho el amor muchas veces con Lena y ella se siente feliz entre mis brazos. También te digo, falso enviado de los dioses de la Vida, que ella nunca será vuestra, que no parirá uno de vosotros nunca. Me has oído bien, ¿maldito y repugnante ser?

Quizá turbado por las palabras del joven, el Señor parpadeó repetidas veces. Su diestra fue bajando hacia el cinturón, del que pendía, enfundada, una pistola.

Entonces Dagh adelantó su arma y encañonó al Señor, advirtiendo:

—Un solo gesto, sucio falsario, y te destrozo. Escúchame bien antes. Yo maté al jovenzuelo que me persiguió. Seguro que habrás reconocido esta pistola.

Pero el Señor tenía la mirada clavada en el bolso de piel que Dagh se había atado a su cinto. Empero el joven no se dio cuenta de la mirada, ahora ansiosa, del Señor.

Dagh pensaba que dentro del vehículo podían haber más Señores. Si le estaban viendo desde el interior podrían proyectar salir y acabar con él. Vigiló la otra entrada del vehículo, la que conducía a la cabina donde estaban los mandos que lo dirigían. Dispararía contra el primero que apareciera con gesto amenazador.

El Señor adelantó un paso y Dagh movió su pistola, haciéndole detener.

—Ciudadano, debes escucharme —dijo el Señor—. Te exijo que ahora mismo me entregues la bolsa que robaste a nuestro hermano.

Confundido. Dagh abrió la boca y parpadeó. Con su mano izquierda rozó la bolsa, notando en su interior los discos de cristal. ¿Es que el Señor se sentía más interesado en aquellos, al parecer, inservibles objetos que en recuperar el arma o castigar a quien mato a su compañero?

Los asustados nativos se iban reuniendo en la gran plaza, pero manteniéndose lo más apartados posible de la singular escena que presenciaban. Permanecían con las espaldas pegadas a las paredes de las casas y cerca de bocacalles y portales, con actitud presta a escapar de allí.

Envalentonado y seguramente convencido que su postura no resultaba muy elegante de cara a los ciudadanos, el Señor avanzó un par de pasos hacia Dagh, tendiéndole una mano nerviosa.

—Entrégame lo robado. Serás juzgado. Si se te considera inocente...

En aquel momento una sombra surgió del interior del vehículo. El Señor que hablaba calló, mientras otro aparecía mostrando ante todo el largo cañón de un arma.

Dagh sintió el frío disparador en su dedo. Dejó de respirar en el instante en que lo apretó. Vio al Señor que le había hablado saltar hacia atrás, con un tremendo corte a la altura de la cintura. Se desplomó como un pelele. El otro fue alcanzado en una pierna, cercenada con limpieza, cauterizada herida tan fulminantemente que no existió hemorragia.

Pero el segundo Señor, al rodar hasta el suelo, siguió amartillando la pistola. Se giró en el polvo de la explanada y apretando los dientes intentó disparar contra Dagh. Una nueva descarga del arma del muchacho lo fulminó.

Se produjo un silencio total.

Sin soltar la mano de Lena, Dagh se volvió, mirando a su alrededor. Centenares de personas le observaban, todos incrédulos, paralizados ante lo visto.

Dagh buscó a Hegarle. El viejo, pálido, le intentó sonreír.

Seguro que no había más Señores en el vehículo, Dagh dijo:

—Amigos, oponeos a los Señores. Son como nosotros. Mueren igual.

Vacilante, Hegarle se acercó.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó.

Dagh tomó a Lena por la cintura.

—Huir.

No se puede huir. El Perímetro es limitado —meneó el vejo la cabeza.

Bruscamente, Dagh fue hasta los muertos y cogió sus dos pistolas. Cuando seguido de Lena se dirigía hacia la salida del pueblo, le gritó Hegarle:

—Te buscarán y encontrarán, muchacho. Que los dioses de la Vida te protejan, pero estoy seguro que pronto lloraré tu muerte y la de Lena. Los Señores te cercarán y ejecutarán.

—Entonces no me queda otra alternativa que luchar contra esos farsantes —chilló Dagh, alzando sus dos manos armadas a guisa de despedida.

CAPITULO VI

Terminada la prueba. Rock se despojó del traje espacial y dijo:

—Su autonomía es de diez horas. He calculado por las características de las navecillas, que el planeta Welussa no puede estar a más de cinco millones de kilómetros. Obviamente en tan corta distancia no es posible usar la supervelocidad. Además, los transbordadores automáticos, guiados por KAP-12 no pueden poseer sistema de impulsión lumínica.

Miró a Elisa, encogiéndose de hombros antes de añadir:

—Si dispusiera de ordenadores estaría seguro, pero los transbordadores pueden tardar en ir a Welussa entre veinte y cien horas. Las naves están ausentes cinco días. ¿Cuánto tiempo permanecen en la superficie del planeta? Esa es la cuestión. Tenemos que llevarnos todos los trajes espaciales, para usar sus reservas de oxígeno.

Elisa le miró preocupada.

—Sólo hay once trajes útiles. Apenas para dos días y medio. No podemos arriesgarnos, Rock.

—Bueno, yo confío que la navecilla no tarde más de un día en llegar a la superficie. En Welussa ha de existir una atmósfera respirable. Una vez fuera debemos esperar a que parta de nuevo, después de estar dos o tres días en la explanada que use como campo de aterrizaje.

»Eso nos daría ocasión para volver aquí. Tengamos presente que lo que haya en Welussa puede no agradarnos.

Elisa seguía preocupada.

—Es muy peligroso tu plan.

—Lo sé. Queda otra solución. Vayamos uno solo. Entonces quien viaje tendrá oxigeno suficiente.

—Iría yo, ya que no estoy dispuesta a quedarme aquí sola.

—¿Por qué? —rió Rock.

—No te rías, pero este lugar me produce miedo.

—Entonces está decidido. Iremos los dos. ¿Están preparados los alimentos? No olvides también algo de comida.

A Rock le había costado varios días lograr la apertura de las puertas que conducían a los hangares. Dos de ellas tuvo que violentarlas rompiendo los cierres. Pudo lograr conservar una

especie de esclusa, ya que en el hangar no existía atmósfera. Los robots podían trabajar perfectamente en el vacío.

Trasladaron todos los trajes a la improvisada esclusa. Elisa llevó los alimentos y Rock conectó una vez más con el computador.

—Nos marchamos. KAP-12 ¿Estás seguro que no puedes darnos datos aproximados de Welussa?

—Imposible. Rock Lambda — picó la átona voz del computador.

—¿Es que no se conmueven tus circuitos sabiendo que arriesgamos la vida?

—Posibilidad constatada: pero eso no puede modificar la prohibición que tengo de facilitar ciertos registros.

—Ya, ya recuerdo. Esos tipos te lo impusieron. Shirarka y Lendar. Ojalá supiera cuándo fueron despertados, maldito chisme.

Rock desconectó la comunicación y se alejó. Ayudó a Elisa a ponerse el traje espacial y luego ella terminó de asegurarle los ajustes. Se miraron a través de los cascos y sonrieron.

Una vez cerrada la primera puerta se abrió la segunda. Silbó el aire y ambos jóvenes se sintieron impulsados al hangar. Arrastrando los trajes se dirigieron hacia la navecilla colocada en posición de partida.

Un enjambre de pequeños robots con largos brazos mecánicos rodeaban el transbordador, ultimando los detalles. Se apartaron ante la presencia de los humanos y luego prosiguieron con su labor.

El transbordador medía apenas veinte metros de largo y una décima parte de su interior estaba ocupado con los mandos automáticos e impulsores.

Cuando Rock vio el interior, la sangre se le heló en las venas. No existía un solo sillón que amortiguase la brusca aceleración. Se mordió los labios, llamándose imbécil. Debió haber supuesto que al no estar concebida la pequeña nave para el transporte de pasajeros era lógico que no sólo no careciese de aire, sino también de la más mínima comodidad.

Consultó el tiempo que quedaba para la partida. Si regresaban ahora no tendrían ocasión de viajar a Welussa hasta casi un mes más tarde. Y no estaba dispuesto a esperar tanto. Dijo a Elisa:

—Usaremos el resto de los trajes como amortiguadores. De todas formas la brusquedad de la partida no puede ser excesiva.

—Estoy de acuerdo en eso, pero ¿qué pasará en el descenso?

Irritado, Rock dijo:

—Aún estás a tiempo de quedarte aquí. Yo iré de todas formas.

Justo acabó de hablar cuando la puerta del transbordador se cerró. Elisa suspiró.

—Ya no tenemos que preocuparnos, cariño. Esta compañía no admite reclamaciones y no anula los pasajes.

Existía un pequeño ojo de buey. Vieron a través de él como los robots se alejaban, las luces atenuaban su potencia y frente a la proa achatada de la pequeña nave la compuerta del hangar empezaba a deslizarse a un lado.

Apresuradamente, los dos jóvenes dispusieron los demás trajes y se acomodaron lo mejor posible sobre ellos.

La partida fue menos brusca de lo que temieron y pronto se hallaron en el espacio.

Observaron la unidad, en realidad una gigantesca nave, como una plataforma en forma de ala. En su largo tenía cincuenta kilómetros y en el ancho casi diez.

La parte inferior brillabay enviaba la potente energía que podía acondicionar un planea del tamaño de la Tierra, de forma constante y poderosa

Vieron sobre la plataforma a alejarse, los módulos. Uno de ellos era el suyo. Existían otros dos de mayor tamaño. Tal vez allí viajaron los colonos. ¿Seguirían estando en sus cápsulas, esperando ser despertados, con plenitud de síntomas vitales en suspensión animada?

El ojo de buey era demasiado pequeño y a causa de la posición del transbordador les era imposible saber si Welussa estaba lejos o no. El planeta debía quedar debajo de ellos pero hasta allí no podían alcanzar su campo de visión.

Con su casco pegado al cristal. Rock pensó que si hubiera podido manejar aquella navecilla hubiese investigado lo que había en los otros módulos. Desde el espacio el acceso a ellas era factible.

Pero el transbordador tenía el vuelo programado. Ni siquiera alcanzando los mandos, los cuales estaban al otro lado, era posible llegar a ellos, se podía alterar.

La voz de KAP-12 les sorprendió al decir inesperadamente:

—Habéis cometido una grave infracción, navegantes.

Rock y Elisa buscaron la procedencia de la voz. Sobre ellos, en el

techo, había un micrófono. El muchacho escupió a él y dijo:

—Creí librarme de ti, condenado chisme. Por cierto, ¿a quién piensas delatarnos?

—A los jefes.

—No existen ya.

—No en la unidad.

—¿Quieres decir que viven en Welussa?

El silencio fue la irritante contestación del computador. No volvió a hablar en el viaje.

Al cabo de un rato, la chica dijo:

—Rock. Cuando regresemos a la unidad debemos buscar un camino que nos permita llegar a los hangares de la tripulación. Es posible que desde el hangar de carga automático exista un túnel o conducto de ventilación. Fuimos unos imbéciles al no pensar en esa posibilidad.

El asintió.

—Está bien. Lo haremos. Pero ahora pensemos en nuestro punto de destino. Ya tendremos tiempo de ocuparnos de alcanzar un crucero maniobrable.

Y luego pensó que sí aún existía en la unidad una nave capaz de devolverles a planetas civilizados no lo dudaría para emprender el regreso. Ansiaba la compañía de seres humanos. Se dijo que si Elisa no estuviese con él se habría vuelto loco en la soledad de la unidad.

* * *

Dagh se había acostumbrado a dormir bajo las estrellas. Muchas veces observaba la sombra de la Plataforma sobre su cabeza. Era fácilmente distinguible, porque conformaba una mancha negra rodeada de estrellas.

Era grato dormir a la intemperie. El clima dentro del Perímetro resultaba agradable. Por la noche refrescaba ligeramente, pero Lena y él, abrazados, se daban suficiente calor.

Se procuraban alimentos de las granjas y nunca les faltaban frutas diversas. Siempre se mantenían apartados de los senderos y en varías ocasiones se ocultaban cuando el ruido de un vehículo de los Señores le anunciaba con la suficiente antelación el peligro.

Los Señores habían desplegado, al parecer, todos sus efectivos tras ellos. Debían estar rabiosos. Ahora no perseguían al causante de la muerte de uno de ellos, sino a quien tenía sobre sus espaldas el delito de tres muertes y la apropiación de otras tantas pistolas.

Dagh había enseñado a Lena a manejar un arma y ella aprendió a dispararla en poco tiempo.

Pero a Dagh le preocupaba últimamente el significado que pudieran tener los discos de vidrio que tanta atención habían provocado en el Señor que mató en la gran plaza

Un día pasó cerca de ellos un vehículo grande. La potente voz que surgía de su interior atronó el ambiente. Dagh y Lena escucharon con atención. Los Señores reclamaban la presencia de los fugitivos. Pero lo más sorprendente era que les prometían el perdón a cambio de la entrega de los discos.

Naturalmente. Dagh no creyó la promesa de los Señores y siguieron manteniéndose ocultos.

Cuando tuvo ocasión sacó los discos de la bolsa y los examinó cuidadosamente. Eran cuatro y cada uno de un tamaño distinto. En su centro tenían unos signos que no comprendió, pero que le hizo recordar ligeramente la escritura que usaba el edil Embur para dirigirse a los Señores.

Dagh sabia leer y escribir, pero lo que había aprendido, según le dijo en una ocasión Embur, era insuficiente para comunicarse con los Señores. Se precisaba de otros conocimientos más profundos de la escritura. Incluso también en el habla los Señores sobresalían de los miembros de la comunidad.

Convencido de que tenía algo importante, Dagh conservó con todo cuidado los discos.

Siempre caminando hacia el oeste, la presencia de los vehículos dejaron de ser una preocupación para ellos.

—¿Por qué vamos siempre en esta dirección? —preguntó Lena preocupada, sabiendo que pronto entrarían en la Franja.

—Los Señores nos suponen en el centro del Perímetro, siempre cerca de las granjas donde podemos procurarnos alimentos.

—Pero es peligroso ir a la Franja...

—Yo ya estuve allí y le aseguro que no vi peligro alguno. Ahora disponemos de comida y agua y podemos arriesgarnos, ya que en ese terreno no crece nada comestible y los ríos dejan de fluir.

Iremos cerca del punto donde vi caer el objeto del cielo, pero antes pasaremos por un sitio que supongo están enclavadas las minas.

—¿Por qué quieres ir a la minas? —preguntó Lena estremeciéndose ante la idea—. Es un lugar maldito.

Dagh se acordó del viejo Hegarle. Si aquel anciano había estado allí, ¿por qué no podía hacer lo mismo él?

—Luego bajaremos un poco, hacia donde descienden los objetos del cielo.

—Bien. ¿Y qué haremos allí?

—Esperar —replicó Dagh, porque exactamente no sabía qué haría una vez en semejante sitio.

El terreno dejó de ser fértil. Estaban entrando en la Franja, el ancho círculo que rodeaba el Perímetro y significaba el límite donde los seres humanos podían llegar.

Dagh halló el rastro característico que dejaban los vehículos de los Señores. Con el paso constante habían dejado en el seco suelo un sendero aplanado a causa del potente colchón de aire que los movía.

Anduvieron cerca del sendero, a unas docenas de metros en el interior de las abruptas llanuras.

Se detuvieron a descansar, comer algo y beber agua. Dagh aguzó el oído y escuchó el lejano zumbido de un vehículo.

—Si podemos ser capaces de usar un arma de los Señores también nos sería factible conducir uno de sus carros —dijo, mientras le brillaban los ojos.

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó Lena, inquieta.

* * *

Dentro de la cabina, el Señor conducía de forma mecánica. Conocía aquel camino con los ojos cerrados. El sol caía verticalmente y sentía un poco de calor pese a llevar abiertas las ventanillas.

Estaba cansado después de tantas horas de conducir rastreando cientos de kilómetros cuadrados alrededor del poblado. Hubiera seguido así de no haber recibido una orden de sus superiores para trasladarse a las minas.

Se acercaba el momento de disponer un nuevo embarque y el cargamento tenia que estar preparado para el día siguiente, para conducirlo al punto de reunión

Ahora llevaba el vehículo lleno de comida para los mineros. Sonrió al pensar en la calidad de los alimentos. Realmente eran los desechos de los Señores, pero aquella escoria que moría lentamente no merecía mejor cosa.

De improviso piso el freno. En el sendero había un cuerpo caído. El vehículo silbó y los sustentadores de aire oscilaron bruscamente.

El Señor recibió un golpe en un costado y sus viejos huesos se resintieron. Pensó que él ya no estaba para aquellos trotes y que los superiores debían relevarle de tareas penosas. Mejor estaría descansando en los grandes vehículos, al servicio directo de los jefes.

Miró a través del cristal. Aunque sus ojos no eran ya tan agudos, creyó ver a una mujer tendida en el centro del sendero. La reconoció. Era la compañera del fugitivo que buscaban.

Sorprendido, se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. ¿Dónde estaría el hombre? Habían ido mucho más lejos de lo que habían supuesto. Sus compañeros estaban buscándolos en las inmediaciones de la aldea y ahora resultaba que al menos la chica estaba allí, tal vez muerta, a más de cien kilómetros y muy cerca de los yacimientos

Hizo avanzar un poco más el vehículo y lo detuvo escasamente a un par de metros de la chica. Tomó su arma y bajó, mirando a ambos lados del sendero. La chica se movió un poco. No estaba muerta, como había supuesto. Quizá estaba enferma y su compañero la había abandonado para poder seguir huyendo más aprisa.

La miró. Era muy bonita Suspiró. De no habérsela llevado aquel sacrílego de Dagh Darmoon la chica seria ahora una más del serrallo de los Señores. Le habría gustado estar con ella en alguna ocasión, cuando por turno le correspondiese.

Pero la chica... ¿Se llamaba Lena? Si, eso era. Lena Astae. Se movió otra vez. Tal vez se salvase si le daba de beber. Resultaba una criatura impura a causa de su amancebamiento con el fugitivo.

Pero el Señor pensó que si la entregaba le valdría una felicitación de sus jefes y tal vez consiguiera con ello que le dejasen

ya de enviar a penosos trabajos.

Se guardó la pistola y empezó a inclinarse sobre Lena. Entonces una mano dura como el acero le agarró por un hombro y le hizo girar con violencia.

Estaba abriendo la boca para decir alguna protesta cuando un puño le golpeó en la cara.

En medio de una niebla gris producida por el dolor, el Señor vio a un joven que le seguía golpeando. Ahora le daba un puñetazo en el vientre y se doblaba sintiendo que le faltaba el aire.

Cuando estuvo en el suelo recibió un puntapié en el pecho y otro en la barbilla. Sintió el crujido de dos dientes y luego los escupió, barbotando sangre.

Dagh ayudó a Lena a levantarse Sonreía cuando dijo:

—Ya tenemos un medio para viajar más de prisa, cariño.

El muchacho volvía la espalda al Señor, a quien suponía fuera de combate. No habla tenido la precaución de sustraer le el arma y Lena fue la que vio que el hombre de la túnica hacía un gran esfuerzo, se arrodillaba y dirigía el cañón de su pistola hacia Dagh.

Lena gritó, adviniendo a Dagh. Pero se encontró disparando su propia pistola contra el Señor, quien saltó como golpeado con una invisible maza. Su cabeza sonó de forma escalofriante al chocar contra una roca.

Dagh silbó lleno de admiración.

—Cariño, me alegra que sepas manejar esto tan bien.

Ella estaba aún pálida cuando Dagh se agachó para recoger el arma y luego entraba en la cabina del vehículo. Desde allí dijo.

—Creo que con un poco de paciencia sabré poner esto en marcha.

* * *

El vigía alzó la mirada cuando vio llegar el vehículo con los suministros, el mismo que debía trasladar el mineral al día siguiente.

Se levantó de su asiento y caminó unos pasos. Al pasar cerca del barracón donde descansaban los mineros arrugó la nariz ante el olor desagradable que surgía del interior.

Hizo una señal a su compañero y éste hizo sonar un gong. Lentamente, los mineros empezaron a salir del barracón. Eran unos treinta hombres y media docena de mujeres. Arrastraban los pies y jirones de sus ropas. Cada uno portaba un abollado plato de metal.

El Señor se plantó en el centro de la explanada, donde terminaba el sendero. Estaba un poco furioso ante la tardanza de las vituallas. Aunque el cargamento estaba listo, cumpliéndose escrupulosamente la cantidad de mineral requerida, desde hacía dos días los mineros no habían podido descender a la mina porque faltaban los alimentos.

No es que al Señor le importase mucho que muriesen varios de aquellos desdichados, pero quedarse sin ellos sin estar preparados otros, hubiera provocado un retraso considerable, imposible de recuperar en mucho tiempo.

Tenia noticias de que todos los Señores habían sido enviados por los jefes en persecución del sacrílego asesino, por lo cual el envío de víveres se había retrasado.

De todas formas, cuando le relevasen de aquel ingrato trabajo, el que repudiaban todos, elevaría una protesta junto con su informe. Por suerte estaba a punto de terminar su estancia en las minas, oliendo el hedor de los mineros, su carne corrupta que se caía a pedazos, hasta que morían y tenían que ser profundamente enterrados.

Pero sobre todo, deseaba poder desembarazarse de aquel condenado y pesado traje que le protegía del mal qué consumía a los mineros.

El vehículo aminoró la marcha y se detuvo delante del Señor, que con su traje brillaba al sol. Recordó que debía ser Yarmin quien conducía el vehículo. Aquel viejo gruñón perdía facultades, pensó al constatar que el frenazo que dio era pésimo.

—Yarmin, ya no puedes con tus viejos huesos —rió el Señor acercándose a la cabina. Por el rabillo del ojo vio que la pestilente masa de mineros se movía, nerviosa y hambrienta. Su otro compañero los mantenía a distancia amenazándoles con el látigo, largo y electrificado.

Los otros dos Señores salían del bunker, terminando de ajustarse sus armaduras protectoras.

Cuando Dagh, vistiendo la túnica del Señor que había matado,

bajó de la cabina quien le recibía pegó un brinco. No le podía ver el rostro porque Dagh se había bajado hasta los ojos la capucha, pero gritó desgastándose:

—¿Estás loco? ¿Por qué no te has puesto la armadura?

Dagh se detuvo junto al vehículo y trató de comprender lo que decía aquel Señor grotescamente enfundado en brillante armadura. Recordó que en la cabina del vehículo había un traje de metal parecido. Sin duda, el Señor que él suplantaba debía vestirlo en aquel lugar.

—¡Tú no eres Yarmin!

Al grito alarmado del Señor. Dagh replico disparando su arma. El trazo de luz destrozó la armadura primero y luego perforó la carne que protegía.

Dagh había tenido tiempo de observar la tétrica fila de desharrapados mineros, que con sus pústulas y llagas eran imposibles de reconocer como antiguos miembros de la comunidad. Estaba furioso y disfrutó apretando el disparador contra el Señor que blandía el látigo.

Entonces guió a los mineros, señalando a los dos confundidos Señores que habían salido del bunker de gruesas paredes:

—¡Matadlos, vengad con ellos vuestras desdichas, hermanos! Soy uno de vosotros, no un miserable Señor.

Lena se le unió y ambos presenciaron una horrible escena. Gritando, lanzando estentóreos aullidos por sus destrozadas gargantas, los mineros se lanzaron contra los dos restantes Señores. A zarpazos los despojaron de sus armaduras. Docenas de manos, de garras descarnadas, los despedazaron.

—Es horrible —gimió Lena a su lado.

—Es horrible lo que han hecho con esos desdichados, no lo que ellos hacen ahora con esos cerdos que los obligaron a bajar a las galerías para morir de forma lenta.

CAPITULO VII

Mientras los mineros saciaban su hambre, uno se acercó a la pareja, pero deteniéndose a más de diez metros de ellos. Su rostro no estaba tan desfigurado y su garganta aún podía hablar.

—Debéis marcharos cuanto antes —dijo—. Sin trajes adecuados se muere en este lugar en pocas semanas. Gracias de todas formas por ayudarnos. Vosotros debéis ser los que buscan los Señores. Lo escuché comentar a nuestros guardianes. Hacéis bien matando Señores. Ellos no son enviados de los dioses de la Vida. Ni siquiera exigen esos dioses. No pueden ser dioses quienes son crueles, quienes exigen que los humanos mueran por conseguirles alimentos que los Señores envían a ellos, a la plataforma.

Dagh entornó los ojos.

—Tú eres Ordonae Te reconozco. Te llevaron los Señores hace seis meses

—Yo fui Ordonae. Ahora sólo soy una piltrafa —dijo el hombre amargamente—. Pero volveremos a ser seres humanos y antes de morir nos llevaremos por delante a cuantos Señores se atrevan a venir aquí, amigos. Dejadnos algunas armas y os juro que caerán muchos antes de que consigan reducirnos.

—Tomad las que podáis y éstas —dijo Dagh entregándole dos de las pistolas. Al no moverse Ordonae, se las arrojó a los pies. Comprendió que el hombre no quería contaminarle acercándose a él.

—Gracias. Con esas armas haremos como vosotros: moriremos matando Señores. Tantos como podamos.

—Lena y yo no pensamos así. Mataremos Señores, pero queremos vivir.

—Entonces marchaos pronto. ¿Adonde piensas ir?

Dagh se lo dijo y Ordonae añadió:

—Puedes provocar una gran matanza entre los Señores presentándote cuando estén reunidos algunos para embarcar mineral a los dioses de la Vida. Pero para mejor engañarles debes hacer lo que yo te diga.

* * *

—¿Que será de esos desgraciados? —preguntó Lena cuando se hubieron alejado algunos kilómetros de la tétrica mina.

—La muerte es lo que les espera. Pero tai vez mueran felices matando algunos de sus verdugos.

Horas después ella preguntó si quedaba mucho para llegar al punto donde descendía el objeto del cielo.

—Poco —dijo Dagh mirando como Armodon bajaba por detrás de las montañas de poniente—. Me temo que vayamos retrasados.

En la parte trasera llevaban cincuenta cajas de metal. Ordonae le había dicho que era el cargamento que debían llevar desde la mina al lugar en la Franja. Cuando Dagh le dijo que él ya conocía el lugar, el desdichado Ordonae no pudo disimular su asombro, pese a todas las cosas sorprendentes que había presenciado aquel día.

Dagh calculó que ya llevaban viajando un buen rato por la Franja cuando a lo lejos descubrió las tenues luces de situación que los Señores encendían para recibir el objeto del ciclo, que ahora sabía procedía de la Plataforma

Aún estaban a varios kilómetros cuando una luz emergió de entre las estrellas y trazó una parábola descendente en dirección a las luces amarillas de situación.

Dagh soltó una maldición, añadiendo que llegaban muy tarde Los Señores que estarían esperando debían impacientarse, viendo como el objeto descendía y aún no estaba allí el cargamento procedente de las minas.

Por desgracia no conocía a la perfección el manejo del vehículo y tampoco sabía orientarse adecuadamente. Habían perdido mucho tiempo, regresando a la ruta correcta.

Nervioso ante los mandos todavía no familiares para él, Dagh aceleró, intentando llegar cuanto antes.

* * *

Los Señores estaban asustados aquella noche.

El retraso del cargamento había provocado una profunda ira en uno de los jefes. Precisamente aquella noche, lo que no era muy frecuente, había acudido a la cita con la nave.

Le veían pasear nerviosamente, cerca de las luces amarillas

colocadas en el terreno. Su túnica rabiosamente roja, con profusión de adornos en oro, flotaba al ligero viento del desierto.

Entonces apareció la luz en el cielo y el jefe lanzó más imprecaciones.

Aquello era anormal. Ninguno recordaba que la nave llegase a la cita, puntualmente, y el cargamento no estuviese allí esperándola

Claro que todo andaba trastocado últimamente a causa de la persecución de los dos sacrílegos, uno de los cuales, además de dar muerte a dos hermanos en la aldea, era el asesino del hijo del otro jefe, que sumido en la desesperación y la rabia permanecía en la base ambulante, a pocas millas de allí.

Ningún Señor recordaba tampoco que los jefes permaneciesen con ellos tanto tiempo. Sus apariciones eran esporádicas, limitándose escasamente a un día o dos cada cinco o seis. E incluso más.

Pero fueron alertados cuando el joven Dieter fue asesinado por aquel loco de Dagh Darmoon. Desde entonces no se recluyeron en su Santuario. Y a medida que pasaban los días y los culpables no aparecían ni tampoco los atributos robados a Dieter, la cólera de ambos jefes crecía sin cesar.

Le vieron adentrarse dentro del círculo de luces, colocarse temerariamente cerca del lugar donde debía aparecer la nave. De vez en cuando, el jefe volvía la mirada, como esperando ver aparecer de un momento a otro el vehículo con el ansiado cargamento.

La nave lanzó rugidos al descender, su brillante luz les hizo cerrar los ojos y cuando rodó unos metros por el suelo, levantando una nube de pobo, sobreviniendo el silencio, todos contuvieron la respiración

Colocado a pocos metros de la nave el jefe evitó que su túnica siguiera tremolando al viento y esperó a que la compuerta se abriese

Cuando lo hizo, se escuchó un murmullo de asombro e incredulidad en todos los Señores.

Sólo el jefe no perdió la calma.

* * *

El descenso aturdió ligeramente a Rock y Elisa Cuando la nave se detuvo totalmente y la compuerta empezó a abrirse, ya sabían que en el exterior, en Welussa, el aire era apto para ellos. Se despojaron de los trajes, contentos y aliviados.

El viaje había durado escasamente nueve horas, por lo que las reservas de oxigeno no habían sido utilizadas El planeta, lo cual lo comprobaron al poco tiempo de haber partido de la unidad, estaba mucho más próximo de lo que confiaban.

Casi no tuvieron tiempo, en cambio, de pensar en las luces amarillas que les rodeaban. Se precipitaron hacia el exterior al terminarse de abrir la esclusa y se quedaron quietos allí, sobrecogidos ante la persona que tenían delante.

Dagh recordó aquel rostro por haberlo estudiado en más de una ocasión por medio de holografías.

Roncamente, musitó:

—Lendar Hae...

El jefe de los Señores aspiró hondo y avanzó hacia ellos.

—Tú eres Rock Lambda —al mirar a la chica, añadió—: Y tú Elisa Morgan. La última vez que os vi estabais en animación suspendida. Entonces dudé. Estuve a punto de cortaros el suministro vital para que murieseis. Me equivoqué y cometí un error. Debí haberlo hecho.

—Eres un jefe de la unidad enviada por el Gran Imperio —musitó Rock—, ¿Quieres decir que tú provocaste la muerte de todos los navegantes y colonos de la nave?

—Solo de los navegantes. Todos eran fieles al comandante. Nadie me creyó cuando les anuncié que el Gran Imperio estaba a punto de caer y nosotros debíamos crear en Welussa una nueva patria. Pero no matamos a los cientos de colonos. Nos limitamos Shirarka y yo a acondicionar sus mentes, borrando sus recuerdos. Los trajimos aquí y organizamos su forma de vida, su supervivencia.

—¿Por qué nos dejaste a nosotros con vida?

—Erais los últimos en el escalafón y no os consulté. Shirarka y yo despertamos a todos para consultarles y ninguno se puso a nuestro lado. De nuevo dormidos, los matamos. A vosotros os dejamos porque pensamos, hace cinco siglos, que tal vez algún día os necesitaríamos.

—¿Cinco siglos? —exclamó Rock—. ¿Cómo es posible? Nadie

puede vivir tanto tiempo.

—Eso es lo de menos ahora —estalló la mujer—. La misión que nos encomendó el decadente Gran Imperio consistía en convertir un planeta inhabitable como Welussa en una segunda Tierra. Para eso contábamos con la nave, llamada también unidad Como tal vez sepáis su parte inferior proyecta una cortina de fuerza y controla el clima, primero en un diámetro de un kilómetro y a cada cierto tiempo esta extensión se amplia, hasta terminar de terraformar todo el planeta. Pero algo falló y el proyecto no pudo ser llevado totalmente a cabo.

—¿Por qué?

—La unidad acopló su velocidad orbital de forma que siempre estaba sobre la misma vertical. Con los años no se consiguió acondicionar nada más que un perímetro de doscientos kilómetros de diámetro. Luego está, circunvalándolo, unos veinte kilómetros que los nativos, los descendientes de los colonos, llaman Franja. Más allá esta el Borde y al otro lado un ambiente irrespirable y nocivo para los humanos.

—¿Por qué hicisteis todo esto, esta locura?

—Nosotros matamos a los navegantes y pusimos en marcha el proyecto. Nos dormimos de nuevo. Cuando despertamos habían pasado cien años y solo se había conseguido acondicionar el espacio que ahora existe Nos dimos cuenta de que no podíamos solucionar la avería, de que la unidad no podía modificar su órbita. Algo había fallado mientras dormíamos. Ese maldito computador no supo remediar las anomalías.

—Siempre pensé que KAP-12 no funcionaba decentemente -dijo Rock.

—Así fue. KAP-12 es difícil de controlar y apenas puede mantener en funcionamiento la Plataforma. Shirarka y yo trasladamos a todos los colonos al Perímetro y les impusimos unas leyes de existencia. Elegimos a varios y los convertimos en los Señores, que debían encargarse de obligar a un grupo de colonos a extraer el raro mineral fusionable, imprescindible para que la Plataforma pueda seguir en activo.

—Entiendo. Vosotros enviáis a la Plataforma el mineral a bordo de estas naves automáticas.

—Exacto —asintió Lendar Hac—. Shirarka y yo sólo

despertamos cada varias semanas, bajamos a supervisar los acontecimientos y luego regresamos al Santuario.

—¿Qué es el Santuario?

—En realidad, una nave crucero. La única que quedó en condiciones a bordo de la Plataforma. En ella disponemos de habitáculos para la suspensión animada. ¿Comprendéis? Tenemos que prolongar nuestras vidas hasta que Shirarka y yo encontremos la forma de prolongar la zona habitable, hacer que la Plataforma recobre la órbita adecuada para que pueda emitir su cobertura proyectora sobre todo el planeta.

—Al parecer no habéis podido conseguirlo en cinco siglos —dijo Rock, mordaz.

—Te equivocas: no son cinco siglos —rió la mujer—. Para nosotros sólo han transcurrido diez años. Confiamos en conseguirlo pronto —de pronto su gesto se ensombreció—. Carecíamos de las llaves maestras para acceder al Control. Si alguien intenta forzar su acceso un sistema de seguridad hace que la unidad explote. Por lo tanto, durante mucho tiempo tuvimos que fabricar nuevas llaves, puliendo pacientemente los discos de cristal. Pero desgraciadamente éstos desaparecieron cuando el hijo de Shirarka y una nativa fue asesinado y le robaron el producto de un trabajo largo y laborioso.

—¿Por qué no habéis pedido ayuda al Gran Imperio? —preguntó Elisa.

Lendar le miró altanera.

—¿Creéis que no lo intentamos? En el crucero tenemos medios para comunicarnos, pero nuestra base no responde desde hace trescientos años. El Gran Imperio ya no existe y nadie puede ayudarnos. Todos nuestros esfuerzos se concentraron entonces en velar de los descendientes de los colonos.

Rock movió la cabeza.

—Podría creerte y también comprenderte, Lendar, pero el recuerdo de los navegantes muertos por vuestra locura me produce un infinito asco hacia vuestro comportamiento.

—¿Queréis decir que no os gusta nuestra labor y os negáis a ayudamos? —la mujer se encogió de hombros—. Nos da igual. Ahora puedo rectificar mi sentimental decisión de hace cinco siglos y mataros. Sólo serviríais de estorbo...

—¡Se acerca el vehículo con la mercancía! —gritó un Señor.

Lendar Hae sonrió.

—Bien. Allá arriba necesitan el mineral. La nave partirá dentro de media hora y es preciso que vuelva cargada

Un vehículo irrumpió a toda velocidad dentro del circulo de luces El ansiado cargamento se convirtió en mortal emisario de muerte. Dos Señores que no se apartaron a tiempo fueron embestidos y lanzados a varios metros de distancia. Cuando el vehículo frenó entre la pequeña nave y la jefe Lendar Hae, se detuvo violentamente, emitiendo un agudo chirrido. Desapareció el colchón de aire y cayó pesadamente sobre el polvoriento suelo

Dagh parecía tener acondicionados sus reflejos para reaccionar violentamente ante la presencia de las túnicas escarlatas de los Señores. Apenas asomó por la cabina, comenzó a disparar frenéticamente. Su compañera no se quedó atrás y usó el arma con escasa maestría, pero en cambio con funesta eficacia para los confundidos y asustados Señores.

El joven era la primera vez que veía a un Señor con tan altos distintivos. Cuando notó que se trataba de una mujer intentó abatirla con más saña, sabiéndola con categoría de jefe de aquellos falsos emisarios de también falsos dioses.

Pero Lendar se protegió con el cuerpo de un Señor que pretendía ponerse a salvo. El desdichado recibió una larga descarga y aun gritaba cuando la jefe soltó el lacerado cuerpo, saltando detrás de un vehículo que cruzaba en aquel instante ante ella, conducido por un enloquecido sicario.

Dagh disparó contra el lugar donde se hallaba el motor y el vehículo se estrelló contra otro, saltando el conductor a través del parabrisas, conviniéndolo en añicos.

La pareja de fugitivos quedaron un instante anonadados, rodeados de muertos v destrucción. Vieron como un vehículo se alejaba a través del desierto, en dirección al norte, sin abandonar la Franja.

Entonces se volvieron hacia los enmudecidos jóvenes que permanecían en el interior del objeto caído de las estrellas

Dagh reprimió sus deseos de disparar contra ellos al darse cuenta que no portaban armas. Indicó a Lena Astae que se contuviese también y los dos se acercaron cautelosamente.

—¿Quiénes sois? —preguntó haciendo oscilar su arma.

—Somos… —empezó a decir Rock.

—Venimos de lo que conocéis en el planeta como la Plataforma —explicó Elisa.

—¡Falsos dioses también! —bramó Dagh agarrotando el arma y encañonándolos.

—¡No! —gritó Elisa—. Danos tiempo para explicártelo todo Vosotros debéis ser los perseguidos por esos malvados. Y tú, hombre, el que mató al hijo de Shirarka y le robó sus preciadas llaves maestras.

Dagh parpadeó ante las palabras de la mujer, que le miraba con suplicantes ojos.

CAPITULO VIII

En el interior de la pequeña nave, después que las dos parejas se transmitieran sus vivencias. Dagh Darmoon sacó muy despacio los discos de cristal y se los tendió a los llegados de la Plataforma.

Tras un profundo estremecimiento. Rock Lambda los tomó entre sus manos, mirándolos atentamente.

—Son una obra de arte —susurró—. Los jefes debieron perder los verdaderos o nunca consiguieron apoderarse de ellos porque el comandante los tenía bien ocultos. Durante muchos años sus acólitos estuvieron puliendo estos cristales. Ha debido ser un trabajo increíble. Tal vez se tuvieron que desechar muchos intentos porque una equivocación de una milésima de milímetro convertía en inservible un disco.

»Periódicamente tenían que subir a la Plataforma y verificar el trabajo, corrigiendo la labor para ajustarla al cierre. Lendar y Shirarka usaron miles de horas de trabajo de los más eficientes Señores bajo sus órdenes.

Miró a Dagh y agregó:

—Tú, fortuitamente, mataste al hijo de Shirarka, cuando éste acababa de recoger de la nave, que venia por el mineral, los discos comprobados por los robots. Seguramente KAP-12 dio su visto bueno a los discos maestros. —Rock emitió una sonrisa nerviosa— Y yo me desesperé buscando a bordo unas llaves, sin imaginarme que se trataba de discos y nunca estaban en la Plataforma.

Dagh se limitó a asentir. Aún resonaban en sus oídos las fantásticas palabras que habían sido el relato de aquel joven que afirmaba ser su amigo. Su rudimentaria educación tenía que ser suplida por la innata inteligencia para comprenderlo todo.

Miró a Lena. La muchacha había necesitado más explicaciones que él para asimilar los nuevos conocimientos.

Cuando Rock supo cómo era la vida dentro del Perímetro se estremeció, comentando que los dos jefes que habían montado semejante sociedad, exclusivamente para su conveniencia, con el fin de obtener el mineral para la Plataforma y dilatando su existencia con la firme meta de poder controlar algún día el Salón de Mandos, el Control Maestro, poner en marcha la gran nave y aumentar la zona habitable.

—¿Qué esperaban conseguir al final? —preguntó Elisa.

Rock se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Quizá, con el tiempo, ser los amos absolutos de un nuevo imperio, que bien podría nacer en este planeta. Recuerda que ahora la Galaxia está sumida en el caos. No existe ley ni orden y por mucho tiempo será así. Si Shirarka y Lendar consiguen que en Welussa se desarrolle una sociedad acondicionada y controlada por ellos a través de los Señores, es posible que dentro de dos o tres siglos dispongan de nueva temible fuerza armada espacial con la que emprender la conquista del desmembrado Gran Imperio.

—¿Y nosotros? ¿Qué podemos hacer nosotros ahora?

Los cuatro se miraron. Rock dijo:

—Los Señores regresarán pronto Shirarka está furioso y Lendar tampoco está contenta. Estos amigos han matado ya a varios Señores y querrán vengarlos. Pero, sobre todo, están interesados en los discos. Querrán recuperarlos.

—Desde luego —dijo Dagh, rememorando el interés del Señor en la gran plaza del poblado cuando reconoció la bolsa que los contenía—. Y no olvidemos que también querrán vengar a Dietar, el joven Señor que maté.

Rock saltó del interior de la nave, después de echar un vistazo al registro del tiempo que campeaba en una pared.

—Automáticamente, esta nave partirá dentro de unos minutos, con o sin carga. Será mejor que metamos dentro la que habéis traído y regresemos a la Plataforma. Con los discos en nuestro poder podremos llegar al interior del Control Maestro, desde donde dominaremos todos los módulos.

Elisa dijo:

—Nuestros enemigos disponen de un crucero. No podemos perder tiempo y llegar a la Plataforma antes que ellos, cuando descubran que nos hemos ido.

—Vamos entonces. Ese crucero no significará nada estando nosotros con el dominio del Control Maestro.

Animadamente, Rock empezó a descargar las cajas de plomo del vehículo que había llevado allí Dagh y Lena.

Minutos más tarde, derrengados, los cuatro jóvenes se tumbaron en el suelo de la nave, con poco espacio para ellos debido al

cargamento. Rock explicó a los nativos de Welussa cómo debían ponerse los trajes espaciales, ya que cuando la pequeña nave partiese sólo habría dentro el aire que contuviesen los escasos metros cúbicos libres.

Cuando la compuerta empezó a cerrarse, la voz de KAP-12 surgió del techo:

—Esta nave partirá dentro de un minuto. Aún podéis salir y entregar a los jefes los discos de cristal. A cambio se os perdonará la vida y vuestras culpas serán olvidadas.

Por la ranura que quedaba aún, Rock vio como desde el interior del Perímetro llegaban varios vehículos a toda velocidad.

—¿Por quién hablas, condenada máquina? —preguntó Rock.

—Shirarka no puede comunicarse con vosotros desde el crucero y me lo ordena a mí que lo haga desde la Plataforma. Tenéis treinta segundos.

Furioso. Rock golpeó el micrófono con una de las cajas de mineral Respiró aliviado ante el silencio de KAP-12 y dijo a sus amigos:

—Cerrad los cascos y respirad el aire de los trajes. Vamos a partir en breves instantes.

Un minuto más tarde, la pequeña nave rugió y se elevó a las alturas. Abajo, aún lejos del rudimentario campo de aterrizaje, los vehículos atestados de Señores corrían veloces.

Cuando se detuvieron y Lendar bajó, el transbordador era ya una diminuta luz que pronto se perdió en el negro cielo.

* * *

Lendar Hae presenció el majestuoso descenso del crucero. El gran disco plateado de cien metros de diámetro se posó en el mismo sitio que momentos antes ocupara el transbordador.

Ya tenían conocimiento de lo sucedido en la mina. Se lo había comunicado Shirarka desde el crucero. Para conocer lo sucedido allí habían tenido que sufrir muchas bajas, hasta conseguir reducir a los amotinados mineros, cosa que lograron cuando el último de los desdichados fue muerto.

Pero Ordonae había cumplido con la promesa hecha a Dagh y

Lena. Murieron matando Señores. El crucero era pilotado en solitario por Shirarka que al descender se dirigió directamente a Lendar. Su rostro huesudo todavía conservaba parte de la crispación que adquirió al conocer, días atrás, la muerte de su hijo y la desaparición de los discos.

—Escaparon —dijo Lendar.

Como lesbiana odiaba a Shirarka, pero comprendía que ambos se necesitaban para controlar la situación. Hacía siglos que periódicamente despertaban, se veían y cambiaban opiniones y aún ninguno de ellos había vislumbrado la forma de prescindir del otro.

Lendar de buena gana se habría librado de Shirarka, pero siempre se decía que habría tiempo más adelante. Morbosamente pensó que su colega tal vez pensaría lo mismo y, afortunadamente, llegaría a idénticas conclusiones.

—Tal como me pediste ordené a KAP-12 que les diera tu mensaje —dijo roncamente Shirarka. Evidentemente no dio resultado.

—Los jóvenes navegantes han hecho causa común con los sacrílegos.

Desdeñando la presencia cercana de los respetuosos Señores, Shirarka dijo secamente:

—Déjate de adjetivos estúpidos al hablar de esas bestias. El problema es que esos cuatro representan un serio peligro para nosotros. Si Rock Darmoon alcanza el Control Maestro estaremos perdidos.

—¿Qué sugieres?

—Llevaremos a la Plataforma a todos los Señores que quedan.

Lendar Hae lo miró asustada.

—¿Soportaran eso estos estúpidos? Subir a la Plataforma será para ellos algo tremendo. Supondrán que los dioses de la Vida quieren castigarlos o conducirlos al paraíso que tanto les anunciamos.

—Me es igual Rock y Elisa necesitarán algún tiempo para hacerse con el Control Maestro. Recuerda que sólo son simples navegantes. No podrán comprenderlo todo en seguida. Tenemos que aprovechar esos minutos para abordar violentamente el módulo principal y matarlos a todos —miró apesadumbrado los muertos y destrozados vehículos—. Podemos perderlo todo, Lendar.

Ella le miró furiosa.

—No es culpa mía. Tu retoño era un estúpido que se dejó sorprender por un inculto nativo. Siempre me pregunté qué satisfacción pudo obtener tu ego al concebir un hijo con una nativa.

—Te prohíbo que hables así de Dietar.

—No estaríamos en esta situación si hubiésemos cortado el suministro de los habitáculos de Rock y Elisa. Te lo advertí.

—Admito mi error. Vamos, Shirarka. Todavía podemos arreglar la crisis.

Y empezó a gritar a los Señores que subiesen al crucero.

Los Señores tuvieron que ser amenazados por los jefes cuando varios de ellos empezaron a exponer sus temores, convencidos que iban a ascender en dirección a las estrellas y tal cosa era un choque para sus mentes acondicionadas por las complicadas creencias religiosas que durante tanto tiempo les insuflaron Shirarka y Lendar.

CAPITULO IX

Rock y Elisa habían prevenido a sus nuevos amigos. No querían que se asustasen al llegar a la Plataforma.

Cuando la pequeña nave entró en el hangar y acudieron los robots, los nativos de Welussa tuvieron que armarse de valor para soportar el paso arcano a ellos de las máquinas más parecidas a bestias y arañas que seres humanos.

Mientras los robots, insensibles a la presencia de los cuatro seres enfundados en trajes espaciales, se ocupaban de sacar las cargas de mineral del interior y llevarlas a una cinta rodante que las trasladaría a las entrañas de la unidad, los cuatro amigos cruzaron la doble compuerta y penetraron en el módulo.

Rock les explicó que allí habían vivido durante cinco siglos en estado de suspensión animada y luego unas semanas, hasta que se decidieron visitar el planeta.

Las mentes de Dagh y Lena observaron con asombro y respeto las maravillas del módulo. Cuando Elisa les mostró los ahora vacíos habitáculos en los que Shirarka y Lendar asesinaron a todos los navegantes, ambos jóvenes de Welussa mostraron su horror.

—¿Por qué hicieron eso? ¿Por qué tantas muertes? —preguntó Dagh.

—Ambición y locura, una peligrosa combinación —respondió Elisa.

Rock sacó los discos y dijo:

—No perdamos tiempo. Vamos al Control Maestro.

Cuando estuvieron delante de la gran puerta de acero. Rock fue usando los diversos discos de cristal, buscando cual de ellos encajaba en el alojamiento situado al lado de la puerta.

Cuando uno se ajustó exactamente al hueco, la puerta se alzó silenciosamente, al mismo tiempo que cegadoras luces se encendieron al otro lado.

Rock penetró primero en el Control Maestro, sosteniendo los otros discos.

Los demás le siguieron, con el mismo respeto que podía usar un fanático al irrumpir en el santuario de su más idolatrado dios.

La estancia era grande, circular, de alto techo. Grandes paneles relucientes, con miles de luces y mandos, formaban un semicírculo

ante ellos.

Ante todo aquello, Rock y Elisa se sintieron abrumados. Poseían grandes conocimientos, pero nunca habían estado en aquel lugar y se preguntaban si serian capaces de manipular correctamente los aparentemente complicados mandos.

Hasta el momento todo había estado funcionando automáticamente, bajo la vigilancia del computador KAP-12, Sabían que allí estaba el invisible ente que hasta entonces había actuado bajo las órdenes de los jefes rebeldes.

—Lo más urgente es anular a KAP-12 —dijo Rock en un susurro.

En el centro del semicírculo había una consola de pulido negro. En ella, al contrario que en las demás, los mandos eran escasos. Rock pulsó una tecla que ponía MANUAL y un segmento se deslizó a un lado. Vio que allí había dos huecos circulares. Colocó otros tantos discos e inmediatamente las luces del ambiente cambiaron del amarillo al escarlata suave.

—Ahora la unidad está bajo nuestro control —dijo Rock—. Pero no será tan sencillo aprender el manejo de todo esto en pocos minutos. Elisa, debemos dedicarnos a buscar las defensas, su manejo. En poco tiempo el crucero de Shirarka v Lendar puede llegar aquí.

Cuando menos lo esperaban la conocida voz desagradable de KAP-12 tronó en la sala:

—Estáis interfiriendo órdenes prioritarias. Os conmino a salir de aquí. ¡Urgentemente!

Los dos jóvenes nativos miraron asustados, buscando el origen de la inhumana voz. Elisa los tranquilizó y dijo:

—KAP-12 está furioso. Lo hemos desplazado del Control, pero no hemos conseguido desconectarlo. Shirarka debió haberlo sojuzgado profundamente a sus mandatos y sólo obedecerá la voz de ese loco.

—Olvídalo —replicó Rock.

Habla conseguido encender las pantallas que controlaban todo el espacio que rodeaba la unidad, conectando al mismo tiempo los detectores. Si el crucero enemigo se acercaba serían advertidos con suficiente antelación.

Luego fueron recorriendo todas las dependencias de la gran nave. Vieron que, efectivamente, los módulos donde viajaron los

colonos, los ascendientes de los actuales habitantes del Perímetro, estaban vacíos. El hangar no automatizado estaba vacío, pero comprobaron, consternados, que podía ser abierto desde el exterior. Ellos carecían de medios para mantener cerrado el acceso desde el Control Maestro.

Los dispositivos de defensa eran numerosos, pero sabían que les llevaría muchas horas poderlos poner en acción. El crucero tenía muchos caminos para aproximarse a la nave.

Cuando transcurrió media hora sólo habían logrado controlar los proyectores lásers de babor. Trabajaban intensa mente para alzar las defensas de estribor e inferiores.

Entonces sonaron las alarmas de los detectores. Avisaban que un crucero procedente de Welussa se acercaba a ellos velozmente.

Mientras Rock seguía trabajando en el control remoto de las defensas. Elisa corrió hacia un lateral de la sala y con el último disco abrió un gran armario. Estaba atiborrado de armas. Con la ayuda de Dagh y Lena sacó rifles y dos proyectores láser montados sobre ligeros pivotes que se deslizaban a unos centímetros del suelo mediante un dispositivo antigravedad.

Los situó ante la entrada y después de una apresurada lección dejó a sus amigos al cuidado de ellos, recomendándoles que disparasen contra cualquier cosa que se moviese en dirección a ellos.

—¿Por qué no cerráis la puerta? —preguntó Dagh—, Es de grueso acero y podría mantener alejado un ejército.

—Seria lo ideal, pero para ello tendríamos que quitar el disco, lo que implicaría que el mando de la unidad pasaría de nuevo al computador KAP-12.

Cuando regresó al lado de Rock, éste le señaló una de las pantallas que vigilaban las secciones mecanizadas.

Elisa miró y se le erizaron los cabellos. Cientos de robots, de todas clases y formas se agrupaban Luego, encabezados por los más sofisticados y grandes, iniciaron una ominosa marcha. En sus brazos mecánicos, tentáculos de acero y garras, llevaban herramientas y objetos cortantes.

—¿Cómo es posible esto? —preguntó la chica

—Muy sencillo. KAP-12 está dispuesto a defender sus derechos adquiridos y los ha reprogramado, lanzándolos contra nosotros.

Pronto los tendremos aquí.

—Vaya situación. V mientras tanto ese crucero se sigue acercando. Advertiré a Lena y Dagh. Cuando aparezcan en el pasillo no deberán levantar los dedos de los disparadores.

«Contamos con las defensas de babor y estribor. Ahora intento poner en activo las de la panza. Ahí existen pocos, ya que casi toda la superficie está ocupada por los proyectores climatológicos que mantienen la vida en el Perímetro. Pero si tenemos suerte v nuestros enemigos se acercan por alguno de esos lados defendidos podremos destruirles. Confiemos que no elijan un sector aun sin controlar por nosotros.

* * *

Lendar entró en la cabina de mandos y dijo a Shirarka, que vigilaba el avance del crucero hacia la Plataforma:

—Los Señores están muy asustados —movió la cabeza- . No sé si podremos dominarlos y obligarlos a luchar contra esos jovenzuelos.

—Si es preciso los obligaremos con el látigo —gruñó Shirarka—. Vamos a posarnos sobre la parte superior, muy cerca del hangar. Luego forzaremos una entrada de emergencia y los sorprenderemos.

—¿Por qué no usamos el hangar, como otras veces? Lo podemos accionar desde aquí, por control remoto. Ellos nunca podrán impedirnos que entremos.

—Pueden haber puesto una trampa.

—¿Has pensado que pueden achicharrarnos con las defensas?

Shirarka soltó una carcajada.

—No olvides —dijo— que tenemos un valioso aliado a bordo: KAP-12. Aunque esté ahora anulado sigue en activo y nos ha informado detalladamente que la parte superior de la Plataforma está libre para nosotros. Aún no han conseguido activar esas defensas.

—Magnífico —sonrió Lendar—. Ellos confiarán que nos metamos en un foco de fuego que controlan.

En la pantalla fue creciendo la Plataforma, mostrando toda su inmensa mole, sobrecogedora. El crucero, a su lado, era un punto insignificante.

—Vamos a posarnos —dijo Shirarka—. Advierte a esos estúpidos. Usaré un túnel para conectar con una entrada. Así no será necesario usar los trajes de presión. Que estén dispuestos con las armas y disparen contra cualquier ser viviente que vean. No te olvides advertirles de los robots. No deben asustarse de ellos. Son simples obreros mecánicos, más terroríficos que peligrosos.

Lendar arrugó el ceño.

—¿Por qué punto atacaremos?

Tengo preparada una sorpresa para esos jovenzuelos, amiga mía. Si ellos han conseguido entrar en el Control Maestro, lo que no dudo, tienen que mantener abierta la entrada principal. Pero existe otra entrada que sólo conocemos nosotros, los jefes. Está situada detrás de los mandos y puede usarse mientras la puerta principal permanezca abierta. Por allí atacaremos.

—No quiero perdérmelo. Iré al frente de los Señores.

—Eso lo haremos los dos, Lendar. Si es posible quiero coger con vida al maldito que asesinó a mi hijo. He pensado divertidas formas para matarle lentamente.

En aquel momento el crucero se posó sobre una esclusa de entrada y en menos de un minuto quedó instalado el túnel de transbordo.

* * *

—No han titubeado lo más mínimo —dijo Rock—. Directamente se dirigieron sobre una de las entradas de emergencia de este módulo. Están en una posición desde la cual ninguna defensa puede afectarlos.

—¿Cómo es posible que hayan actuado con tanta seguridad? Es como si les hubiera dicho alguien cuales eran los sectores con las defensas activadas.

—Ojalá lo supiera —rezongó Rock—. En fin, ya no hay remedio. Si queremos seguir siendo dueños de la unidad y algún día emprender el regreso o completar la terraformación de Welussa no tenemos más remedio que rechazarlos.

—Tenemos armas y nuestra posición es fuerte —replicó Elisa—. La única forma de llegar a nosotros es por el pasillo central. Y lo

tenemos bien defendido. Las mejores armas existentes a bordo están aquí. Aunque Shirarka y Lendar se hayan traído a todos los Señores del planeta no dispondrán más que de pistolas.

Señaló los dos proyectores láser, tras los cuales se habían apostado Dagh y Lena.

—Estáis perdidos, humanos —tronó la voz de KAP-12. Aún podéis tener una oportunidad entregados a mis jefes.

—¡Vete al infierno, condenada máquina...! —de pronto Rock se calló—. ¡Elisa, ha sido KAP-12 quien informó a Shirarka de las zonas que disponemos con los láser en posición defensiva!

—Seguramente ha sido así. Y mientras KAP-12 siga en activo tendremos un espía a favor del enemigo metido en casa. ¿Es que no hay forma de destruirlo?

—Supongo que KAP-12 está en la zona automática —Rock corrió hasta el gráfico de la nave y solicitó de la pantalla los planos del módulo automático.

En seguida surgió en la pantalla el gráfico. Rock lo observó con ansiedad y descubrió unos signos. Dijo:

—Aquí está KAP-12. Al otro lado del hangar de los robots existe una cabina acondicionada donde está el alma de KAP-12. No seria muy difícil llegar allí usando el conducto de ventilación.

—Podría ir yo —se ofreció Elisa. Alzó la mirada hasta la rejilla situada al lado de la entrada—. Por ahí no lardaría ni veinte minutos.

—No seria mucho más peligroso que quedándose aquí. Recuerda que KAP-12 gobierna ahora a los robots obreros, convertidos en soldados. Para el computador no tenemos secretos. Apenas comprenda que queremos inutilizarlo opondrá sus engendros mecánicos a quien intente acercarse a él.

Después de revisar de nuevo los gráficos, añadió:

—Iré yo. Saldré de los conductos apenas a unos metros de la cabina de KAP-12. Unos disparos y convertiré a ese maldito computador en un montón de chatarra.

Sin esperar aprobación alguna de la chica, Rock coció varias armas y se las metió entre la camisa y el cinturón. Se despidió de ella con un beso y acercó una mesa para alcanzar la rejilla. Hizo un saludo y se introdujo por el estrecho tubo.

Desde la puerta. Dagh y Lena lo observaron todo sin comprender

nada. Preocupada, Elisa lo explicó.

Entonces escucharon un entrechocar de metales al otro lado del pasillo. Al instante aparecieron los primeros robots, blandiendo diversos objetos cortantes y herramientas.

—Afortunadamente no tienen armas —suspiró Elisa. Pero de todas formas comprendió que eran muchos y si algún proyector láser se descargaba o averiaba podrían pasarlo mal si no podían contenerlos—. Disparad sin cesar, amigos.

Si los robots podían infundir terror debido a su aspecto, incluso cuando actuaban como obreros, ahora su presencia era sobrecogedora, viéndoles avanzar apretadamente, ocupando todo el ancho pasillo, empujando los de atrás a la vanguardia, erizada de metales, barras y sierras mecánicas que giraban sin cesar.

Con una pistola en cada mano y entre los dos protectores que manejaban sus amigos, Elisa fue la primera en abrir fuego. En seguida lo hicieron los láser de mayor calibre.

Los disparos provocaron una gran confusión en la metálica ola. Saltaron por el aire brazos y cuerpos, improvisadas armas. Pero eran muchos y aunque los robots no conseguían avanzar, tampoco cedían un centímetro de terreno.

Pronto se les formó una confusa muralla de aceros destrozados y el avance se detuvo.

Elisa suspiró y aflojó la presión de sus dedos sobre los disparadores de las pistolas. Dagh y Lena también dejaron de disparar.

—Hemos vencido en el primer asalto, amigos —rió nerviosa—. Creo que comprenderán que no tienen la menor posibilidad de éxito. Además, pronto esa muralla de robots destrozados llegará al techo, si insisten en pasar sobre los cuerpos de sus compañeros aniquilados.

Pero calló al ver que algo sucedía en la muralla de trozos de acero.

Algo parecía estar empujándola desde atrás, haciéndola avanzar por el pasillo, lenta pero inconteniblemente.

Y Elisa comprendió que aquellos seres mecánicos, bajo la dirección de KAP-12, usaban una estratagema que sería el fin para ellos.

La masa de robots inutilizados era usada por los que estaban

detrás como impenetrable escudo para acercarse al Control Maestro.

CAPITULO X

Rock recorrió centenares de metros de estrecho túnel, teniéndose que arrastrar durante largos trechos. Allí el ambiente era cargado y casi irrespirable.

Se orientó fácilmente y pasó de un módulo a otro. Los indicativos le advirtieron que estaba cerca de su objetivo cuando escuchó un rumor a su espalda. Era muy difícil volverse, por lo que sólo giró la cabeza.

La tenue luz de los conductos le mostró robots del tamaño de un gato que corrían hacia él sobre docenas de diminutas patas. Pero sus largos brazos sostenían relucientes cuchillos y barras de acero.

Cogió dos pistolas y las disparó. Los robots reventaron en pedazos. Una parte del tubo cedió y un chorro de metal fundido se precipitó sobre el resto de los monstruos de acero. Dejaron de avanzar sobre Rock.

Apresuradamente. Rock siguió adelante. En una ocasión se equivocó de camino. Al rectificar, y cuando estaba a punto de volver al conducto elegido, vio pasar una hilera de robots. Acabó con ellos sin darles posibilidad alguna de volverse contra él y luego pasó por encima de sus esparcidos pedazos.

Cuando llego a la salida fundió la rejilla y saltó al suelo.

Delante suyo tenía un robot mecánico gigantesco. Cada uno de sus brazos tenía un trozo de hierro. Rock no esperaba aquello y tuvo que saltar u un lado, mientras tres barras de metal pasaban cerca de él. Luego, desde el suelo, disparó sus armas y el robot cayó ruidosamente al suelo partido en dos Lo dejó allí, debatiéndose, incapaz de alzarse.

Corrió hacia la cabina de KAP-12. Escuchó ruidos a su espalda. El computador, sabiéndose amenazado, había llamado a docenas de sus robots. Rock cerró la puerta y con el láser la soltó al marco. Entonces se enfrentó a la que tenia al frente. Al otro lado estaba KAP-12.

—Tus amigos morirán antes que puedas violar mi entrada, humano dijo KAP-12—. Los robots están a punto de irrumpir en el Control Maestro y los matarán si no te marchas de este lugar.

Rock parpadeó. Los computadores no tenían facultades para mentir, pero KAP-12 era una máquina enferma, con serias

discordancias en sus circuitos a causa de las órdenes confusas y contradictorias de los dos jefes sublevados.

Haciendo caso omiso a las amenazas del computador. Rock empezó a disparar contra la delgada hoja de acero que guardaba a KAP-12.

* * *

Pese a los infructuosos disparos contra la masa de hierros y aceros que los robots empujaban hacia ellos, Elisa y sus amigos no podían contener el avance.

Desesperada, la chica miró por el Control Maestro. No podía existir allí ninguna otra salida. O al menos ella no la conocía. Entonces recordó que un sector del suelo podía elevarse hasta casi el techo, para alcanzar el observatorio allí existente.

Gritó a sus amigos que dejasen los pesados proyectores.

Tomaron armas más ligeras y corrieron hasta el lugar indicado por Elisa. Luego ella accionó el dispositivo y un segmento de unos veinte metros cuadrados empezó a elevarse hacia el techo, impulsado por una docena de gruesos pilares de acero.

Aquello no gustó a Elisa. Había creído que un sistema antigravedad alzaría el segmento. Los robots necesitarían algún tiempo, pero terminarían encontrando la forma de ascender hasta ellos usando los pilares. Pero no había otro lugar donde refugiarse y al menos desde allí podrían prolongar sus vidas, confiando que Rock llegase hasta el computador y una vez anulado éste, los robots, al no recibir órdenes de KAP-12 olvidasen su actitud belicosa hacia ellos.

—Debemos resistir hasta que Rock destruya a KAP-12 —les animó Elisa—. Cuando los robots dejen de recibir sus órdenes depondrán su actitud..., al menos eso espero.

Por la entrada y procedente del pasillo llegaba el áspero ruido de los montones de metales empujados por la legión de robots. Aprestaron sus armas, dispuestos a dispararlas apenas hicieran su aparición los primeros seres mecánicos por encima del muro.

Dagh tocó el hombro de Elisa, llamando su atención hacia un lugar situado detrás de las consolas de mando.

Una parte del suelo se abría y apenas la abertura era de un metro cuando surgieron los primeros Señores, quienes empujados por Shirarka y Lendar irrumpían con sus armas en el Control Maestro.

Elisa palideció. Aquellos invasores eran más peligrosos que los robots que pronto lograrían llegar a la sala. Disponían de armas y su elevada posición no les mantendría a salvo de los disparos láser.

Lendar saltó sobre el piso y miró ansiosa por la sala. Pronto descubrió el segmento elevado, descubriendo a los que allí habían intentado ponerse a salvo.

La mujer aulló triunfante y efectuó el primer disparo. Lo hizo precipitadamente y el haz de fuego se perdió inofensivamente en el techo, haciendo añicos las instalaciones de observación astronómica.

Elisa replicó en seguida, alcanzando a Lendar. La mujer empezó a gritar, pero al escupir sangre su rostro se congestionó y rodó por el suelo.

Shirarka pasó por encinta de ella, gritando a sus sicarios que disparasen contra el segmento.

Una lluvia de trazos luminosos hicieron retroceder a los tres amigos, pegándose al suelo. Trozos de metal del segmento empezaron a caer. Aquel acero no era el más adecuado para impedir que pronto los láser traspasasen su grosor.

Aunque no lo expresó en voz alta, Elisa estaba segura que faltaban pocos segundos para que sus cuerpos recibiesen las descargas que hasta entonces estaba resistiendo el piso elevado.

En aquel momento escucharon un gran estrépito de metales. La muralla empujada por los robots había llegado a la sala y docenas de éstos saltaron por encima de los restos de sus compañeros.

Al otro lado de los mandos, los Señores cesaron de disparar, mirando confusos y aterrorizados la avalancha que penetraba en el Control Maestro. Shirarka saltó sobre una mesa y les gritó que no temiesen nada, que aquellas criaturas de metal estaban bajo su control. Soltó una risotada y puso las manos en jarra, viendo como los primeros robots se detenían alrededor de las columnas y los más altos empezaban a izar a sus compañeros con el fin de que llegasen hasta el segmento.

Pero la risa de Shirarka se heló cuando la siguiente masa de

robots siguieron adelante, dirigiéndose hacia ellos, blandiendo sus toscas pero peligrosas armas.

Entonces Shirarka lo comprendió. Gritó:

—¡No! A nosotros no debéis atacarnos, estúpidas máquinas. KAP-12 sólo quiere acabar con los que están ahí arriba...

Ante los desgarradores gritos que escuchaba, Elisa se arrastró hasta el borde del segmento y echó un vistazo abajo.

Vio como los robots cargaban contra los Señores. Un ente mecánico agarró con sus brazos múltiples a Shirarka y lo partió en dos.

Horrorizada, Elisa lo presenció todo. En pocos instantes los asustados Señores fueron una presa fácil para los robots. La sangre corrió por el brillante suelo del Control Maestro. Apenas pudieron efectuar algún disparo aquellos desdichados.

Lena sollozaba y Dagh la protegía con sus brazos, intentando calmarla.

Elisa vio cómo todos los robots se reunían alrededor de los pilares y ayudaban a los que llegaron primero a formar una pirámide por la que ascendían las criaturas mecánicas más ligeras.

Lena consiguió superar la crisis y ayudó a sus compañeros a disparar contra las garras que empezaron a asomarse por el borde.

Un enorme robot, corno un alacrán, se alzó sobre sus compañeros y blandió contra él, que rodó por la pirámide.

Pero el segmento era demasiado amplio para ser defendido y los tres acorralados humanos se juntaron en el centro, disparando sin cesar contra las cada vez más numerosas armas que emergían.

Cuando todo parecía perdido para ellos, los brazos armados de barras de acero, herramientas y cuchillos se detuvieron, como paralizados por un sobrenatural soplo.

Luego, lentamente, la pirámide que rodeaba los pilares fue desmoronándose, en medio de un ensordecedor ruido a metales.

Elisa exhaló un profundo suspiro y dijo:

—Gracias a los dioses. Rock ha inutilizado a tiempo el computador.

Luego miró los descuartizados cuerpos de los Señores, de Shirarka y Lendar. Para ellos la acción de Rock no había servido para nada.

* * *

Apenas Rock salió de la cabina donde yacían los restos calcinados del computador, corrió hacía un comunicador, gritando:

—¡Respóndeme, Elisa, respóndeme!

Su angustia creció hasta los límites de la locura, cesando sólo cuando la agotada voz de la muchacha, pero contenta, le replicó:

—Estamos bien, cariño. Ninguno estamos heridos. Ven pronto. Estoy deseando darte un abrazo.

EPILOGO

Rock Lambda estrechó las manos de Hegarle y luego, volviéndose hacia los miembros del Consejo, presidido por el edil Embur, dijo:

—Arriba no hay dioses Humados de la Vida. Sólo un ingenio mecánico que hará, ahora que se ha puesto en marcha, que dentro de pocos años todo el planeta sea igual que el Perímetro. Desaparecerán la Franja y el Borde. Todo será fértil.

Elisa se acercó a él, agarrándose a su brazo. Detrás de ellos, saliendo del crucero, se acercaron Dagh y Lena. El pueblo congregado detrás del Consejo, en las afueras de la aldea, prorrumpió en murmullos de asombro.

—Ellos son quienes os han salvado para siempre de la tiranía de los Señores, los falsos sacerdotes de los dioses de la Vida —dijo de nuevo Rock—, Ahora os resultará difícil comprenderlo, pero pronto todo lo que ahora os produce asombro será cotidiano y común en vuestras vidas.

—¿Entonces nadie nos pedirá nuestras hijas y hermanas ni los más débiles tendrán que ir a morir a las minas para extraer del suelo ese mineral que mata lentamente? —preguntó Embur.

—Nadie forzará a vuestras mujeres —sonrió Elisa—. Las que ahora están en los vehículos de los Señores podrán regresar con sus familias. Confiemos que seáis comprensivos con ellas.

—Pero las minas deberán seguir siendo explotadas —añadió Rock—. En caso contrario la Plataforma no podrá seguir con su labor regeneradora de la tierra, que pronto os pertenecerá por completo. Pero no os preocupéis. Nadie morirá en las minas. Serán voluntarios los que a ella bajarán, convenientemente protegidos por los trajes de los que vigilaban a los mineros. En la Plataforma hay más que suficientes para que nadie note en su carne el poder de los minerales radiactivos.

»Y pronto, confío, serán robots los que extraigan el mineral. También en la Plataforma existen más que suficientes para poder liberamos de ese trabajo, cosa que se hará cuando estén reparados después de… ciertos desperfectos que sufrieron.

Cogidos de la mano, Lena y Dagh escuchaban a sus amigos explicar a los nativos las nuevas perspectivas que se abrían para los

moradores del Perímetro.

—Ellos dijeron que querían regresar a sus planetas de origen —musitó Lena.

Dagh sonrió, moviendo la cabeza negativamente.

—No lo harán. Saben que aquí hay mucho trabajo por realizar. Vinieron para esa labor, cariño; pero la ambición de dos seres estuvieron a punto de convertir este futuro edén en un infierno.

—Me alegro asintió Lena—. Cuando pregunté a Elisa por qué habían ocurrido todos estos horrores, me respondió que esto solía suceder cuando unos malvados creaban una religión para su uso exclusivo.

— Ya todo terminó.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A. 

PRECIO EN ESPAÑA PTAS.

Impreso en España